

Nuestra Bandera

REVISTA POLITICA Y TEORICA DEL PARTIDO COMUNISTA DE ESPAÑA

Editorial : Después del 18 de junio :
problemas y perspectivas de la
unidad antifranquista.

El papel del proletariado y del
Partido Comunista en la lucha
por la democracia.

por Santiago CARRILLO.

El plan de estabilización económica
y sus consecuencias.

por Juan GOMEZ.

El admirable ejemplo de los traba-
jadores del campo.

por Ignacio GALLEGO

Una gran tarea española : conse-
guir la amnistía para los presos
y exiliados políticos.

por Antonio MIJE

La crisis en el Partido Socialista.
por Fernando CLAUDIN

Las corrientes de oposición en las
fuerzas armadas y de orden pú-
blico.

por Enrique LISTER

Nº 24

Agosto de 1959

MINISTERIO
DE CULTURA



NUESTRA BANDERA

REVISTA POLITICA Y TEORICA DEL PARTIDO COMUNISTA
DE ESPAÑA

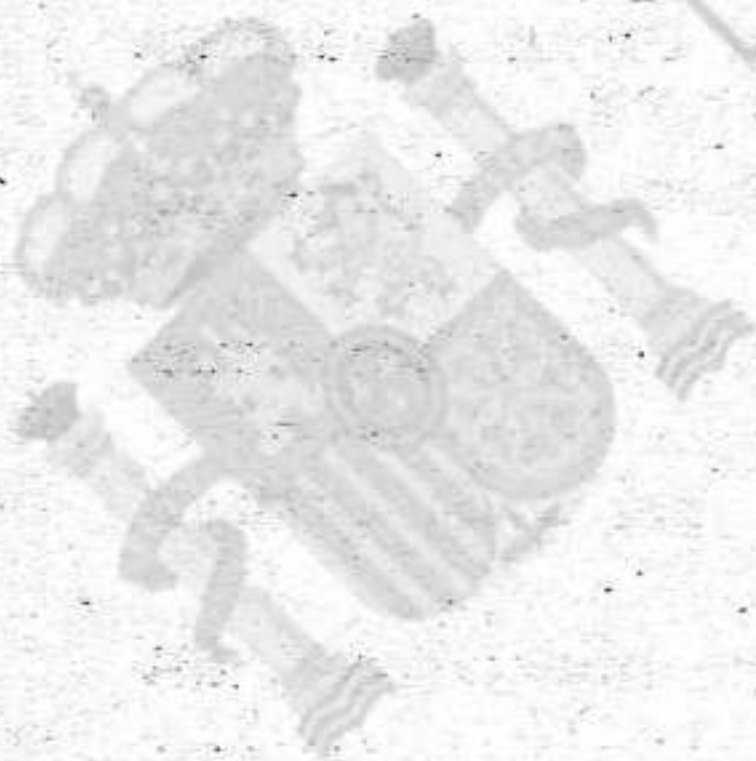
Nº 24

MADRID, agosto de 1959

SUMARIO

- Editorial : Después del 18 de junio : problemas y perspectivas de la unidad antifranquista Pág. 5
- El papel del proletariado y del Partido Comunista en la lucha por la democracia » 11
por *Santiago CARRILLO*
- El plan de estabilización económica y sus consecuencias » 21
por *Juan GOMEZ*
- El admirable ejemplo de los trabajadores del campo » 35
por *Ignacio GALLEGO*
- Una gran tarea española : conseguir la amnistía para los presos y exiliados políticos » 43
por *Antonio MIJE*
- La crisis en el Partido Socialista » 51
por *Fernando CLAUDIN*
- Las corrientes de oposición en las fuerzas armadas y de orden público » 65
por *Enrique LISTER*

MINISTERIO
DE CULTURA



DESPUES DEL 18 DE JUNIO : PROBLEMAS Y PERSPECTIVAS DE LA UNIDAD ANTIFRANQUISTA

EN la vida política española, la fecha del 18 de junio está llamada a alcanzar una significación considerable, independientemente de que la huelga nacional pacífica no adquiriera todavía, en aquella fecha, las proporciones que sus organizadores y el pueblo esperaban, y que el mismo gobierno del general Franco temía. Durante las largas semanas de batalla política que precedieron al día 18 de junio, y ese mismo día, las fuerzas democráticas de la oposición antifranquista se han apuntado éxitos considerables sobre la dictadura. Resumiéndolos brevemente: durante un espacio de tiempo de casi dos meses, las fuerzas de la oposición han estado a la ofensiva, manteniendo sobre el gobierno dictatorial una presión constante; la propaganda de la huelga nacional, audazmente difundida por miles de antifranquistas, ha llegado a todos los rincones de nuestro país, alcanzando una densidad numérica de millones de ejemplares que hubiera parecido inconcebible hace tan sólo unos meses; la idea de la huelga general política, como único camino para lograr una solución pacífica y verdaderamente democrática a la situación actual, se ha popularizado entre las más amplias masas de nuestro pueblo, sentándose así las bases para el éxito no lejano de la huelga nacional que esta vez no ha hecho más que aplazarse; en unas semanas, y al calor de la preparación de la acción del 18 de junio, los progresos de la unidad antifranquista han sido más profundos y más rápidos que en los últimos veinte años; la actitud de las fuerzas de orden público (con la excepción del grupo de asesinos de la brigada político-social), que ha sido de general pasividad en el cumpli-

miento de las consignas de represión, ha puesto de manifiesto el grado a que ha llegado la descomposición del aparato estatal de la dictadura y ha mostrado concretamente las posibilidades reales de un cambio pacífico en España; la simpatía, cuando no la colaboración activa de extensas capas de la pequeña y media burguesía, de la intelectualidad, a la idea de la huelga general política, ha puesto de relieve el carácter nacional del movimiento preparado para el 18 de junio. Y ha sido en el campo andaluz y extremeño dónde todos estos elementos positivos han cristalizado de una forma más amplia y rotunda, por lo que puede afirmarse que el 18 de junio, el campo de Andalucía y Extremadura ha dado un ejemplo a toda España.

La importancia histórica de estos éxitos, no la afirmamos sólo los comunistas. La reconocen y valoran igualmente los círculos dirigentes de los grupos y partidos que con nosotros convocaron la acción del 18 de junio. Reconocen también dichos éxitos, implícitamente y muy a pesar suyo, los propios jefes del régimen, y el general Franco en primer lugar, como se desprende de sus discursos y declaraciones posteriores a la huelga nacional. Si ésta hubiera sido un « fracaso », ¿ cómo explicarse el tono literalmente angustioso, alarmista, del discurso de Franco en Huesca, pongamos por caso? ¿ Para qué mantener « los espíritus movilizados y en alerta », como día tras día vienen pidiendo los editorialistas de la prensa oficial, si no precisamente porque la campaña política de preparación de la huelga nacional ha hecho estallar en plena luz la crisis de la dictadura? En verdad sea dicho, los únicos que siguen hablando del « fracaso » del 18 de junio, fieles en ello una vez más a su táctica de avestruz, son los dirigentes socialistas de Toulouse, en abierta pugna con las fuerzas vivas del socialismo español, representadas por el Movimiento Socialista Catalán, la Agrupación Socialista Universitaria, y los grupos socialistas del interior que llamaron a la acción del 18 de junio.

Lo cierto es que todos aquellos éxitos alcanzados por las fuerzas realmente democráticas y nacionales de la oposición antifranquista, pueden ser decisivos, a no muy largo plazo, y teniendo en cuenta la agravación ineluctable de la situación económica y política en nuestro país, en la medida en que sepamos, unos y otros, extraer las experiencias más importantes de este período de intensa actividad combativa de las masas, para preparar las luchas que se avecinan. El Partido Comunista, por su parte, en la reciente declaración de su Buró Polí-

tico, ha procedido ya al análisis de dichas experiencias, cuya discusión, por el Partido y por las masas, así como con las demás fuerzas políticas de la oposición democrática, debe situarse ahora en el centro de las preocupaciones de todas las organizaciones del Partido.

Queremos en este editorial insistir tan sólo en uno de los aspectos tratados en la mencionada declaración : aquél que se refiere a los problemas y perspectivas de la unidad antifranquista.

Como decíamos, los progresos de esa unidad han sido considerables a lo largo del período de preparación de la huelga nacional. Por primera vez desde que existe la dictadura del general Franco, una acción política de tamaña envergadura ha sido convocada conjuntamente por nuestro Partido y por todas las fuerzas realmente activas de la oposición antifranquista. En Cataluña, primordialmente, esa unidad antifranquista ha llegado a cristalizar en la unanimidad absoluta. En Madrid, junto a los comunistas, llamaron a la huelga grupos y partidos tan importantes como Acción Democrática, Frente de Liberación Popular, Partido Socialista Obrero en el interior y Agrupación Socialista Universitaria. Conviene insistir en este hecho incuestionable. En primer lugar, porque el escaso tiempo que ha mediado entre el acuerdo de los diferentes grupos y organizaciones antifranquistas y la fecha fijada para la celebración de la huelga no ha permitido que dicho acuerdo sea suficientemente conocido, dadas las peculiares condiciones de la clandestinidad, por las amplias masas de nuestro pueblo. Y en segundo lugar, porque los dirigentes socialistas emigrados en Toulouse, al unísono con una parte de la prensa y de la radio del imperialismo, pretenden negar ahora la realidad de dicho acuerdo, especulando con la retractación del grupo de la Izquierda Demócrata Cristiana. No estará de más, a este respecto, hacer un poco de historia, dentro de los límites que nos impone la sagrada necesidad de no manejar dato alguno que pueda perjudicar la actividad clandestina de la oposición.

Los hechos, pues, son los siguientes. En la primera decena del mes de mayo, y después de toda una serie de entrevistas y discusiones bilaterales con los representantes de nuestro Partido, los grupos que se denominan « accidentalistas » (Izquierda Demócrata Cristiana, Acción Democrática y Frente de Liberación Popular) deciden llamar conjuntamente a la huelga nacional pacífica, cuya fecha exacta todavía no se había fijado. Así lo hicieron en un documento que fue ampliamente difundido por el país. Ahora bien, en la semana del 10 al 17 de mayo, y des-

pués de que dicho llamamiento conjunto hubiese sido lanzado públicamente, los dirigentes de la I.D.C., vulnerando sus anteriores compromisos con los otros dos grupos afines, deciden hacer marcha atrás y retirarse de la acción prevista. Es claro que semejante actitud, tan desleal como poco valerosa, necesitaba un pretexto. Y se buscó el pretexto más grosero e inverosímil. Alegaron, en efecto, los dirigentes de la I.D.C. que no podían apoyar una acción que el Partido Comunista había planteado ya públicamente con motivo del llamamiento del 1º de mayo de nuestro Comité Central. Pretexto, como se verá, de lo más burdo, *puesto que dicho llamamiento era ya conocido por ellos cuando suscribieron el documento apoyando la huelga de los tres grupos « accidentalistas »*. La realidad es muy otra. La realidad es que los dirigentes de la I. D. C. se doblegaron ante la presión conjugada del gobierno, de los sectores de la oligarquía ligados con el ala más reaccionaria de Unión Española y de las más altas jerarquías de la Iglesia, atemorizados por los progresos de la unidad antifranquista, en los que veían, y no sin razón, perfilarse el fin de su dominio dictatorial. Y fue precisamente en aquella semana del 10 al 17 de mayo cuando la Oficina de Información Diplomática, por encargo directo de Castiella, comenzó a difundir toda una serie de documentos tendentes a presentar la huelga nacional en preparación como una iniciativa exclusivamente comunista. No puede ser más perfecta la sincronización entre la espantada de los dirigentes de la I.D.C. y la maniobra gubernamental.

Por otra parte, para convencer a dichos dirigentes, se agitó ante ellos el espejuelo de un golpe militar, supuestamente preparado para el verano, y que permitiría acabar con el general Franco, sin tener que contar con la participación de las masas, y por tanto, con la del Partido Comunista. Haciendo gala de pusilanimidad e inconsecuencia, los dirigentes de la I.D.C., que habían sido, en los meses de marzo y abril, partidarios decididos de la inclusión de nuestro Partido en cualquier acuerdo de acción contra la dictadura, se prestaron a esta maniobra reaccionaria, entregándose así, atados de pies y manos, a las fuerzas más antidemocráticas de la oposición, cuyo objetivo sigue siendo la sustitución de la dictadura fascista por una monarquía vagamente constitucional, que dejaría, de hecho, el poder en manos de la oligarquía monopolista y vendría a burlar los vehementes deseos de libertad y democracia de los españoles.

Lo importante, sin embargo, es que los dirigentes de la I. D.C. no consiguieran arrastrar en su retirada tan turbia como repentina a los otros grupos accidentalistas. Lo importante es

que, a pesar de los esfuerzos de aquellos dirigentes, Acción Democrática y el Frente de Liberación Popular se reafirmaran, con mayor fuerza que nunca, en favor de la huelga nacional, lo cual, unido a la presión de las masas y a otros factores políticos, contribuyó poderosamente a que otros grupos políticos se adhirieran igualmente a la acción del 18 de junio. De hecho, al pretender aislar a los comunistas, lo que consiguió la I.D.C. fué aislarse de las fuerzas más activas de la oposición anti-franquista. De hecho, y aun esperando que sólo se trate de un fenómeno transitorio, el 18 de junio los dirigentes de la I.D.C. se encontraron objetivamente situados al lado de la dictadura, junto con la Ejecutiva socialista de Toulouse, y frente a las fuerzas y organizaciones de la oposición que realmente luchan por un cambio democrático y pacífico en España.

Estos son los hechos, que ningún alegato *a posteriori* podrá alterar. Su conocimiento ayudará sin duda a valorar en su justa medida la importancia histórica de la unidad forjada y mantenida por los grupos antifranquistas en la preparación de la huelga nacional y frente a las presiones de toda índole, interiores y extranjeras, que contra aquélla se han desatado.

Otro de los rasgos nuevos que el desarrollo de la unidad antifranquista ha mostrado en este período reside en la organización conjunta de diversas acciones de propaganda. Aunque todavía en grado insuficiente, principalmente si se tiene en cuenta el carácter de los objetivos perseguidos, no deja de ser sumamente positivo el que se hayan organizado, mediante la coordinación de los esfuerzos de diferentes grupos y partidos, acciones de lanzamiento de octavillas, algunas de las cuales han revestido realmente un carácter masivo y espectacular. De esa manera, y a través de la experiencia práctica de centenares de antifranquistas de diversas organizaciones, se ha demostrado la incapacidad del régimen para impedir la difusión masiva de la propaganda ilegal. Cosas que hace un año apenas hubieran parecido imposibles, se han llevado a cabo con relativa facilidad, al amparo de las masas, cuya elevada conciencia política antifranquista se ha puesto de relieve, en esta ocasión, de una forma particularmente tangible.

La gran campaña política que se ha librado en nuestro país con motivo de la preparación de la huelga nacional ha situado, pues, los problemas y perspectivas de la unidad antifranquista en un nivel superior. Como se dice en la Declaración del Buró Político de nuestro Partido sobre la huelga nacional, « ahora la cuestión es fortalecer, consolidar y ampliar la unidad, superar las fallas e insuficiencias de que ha adolecido ».

Y entre éstas, la principal, la que más urgentemente necesita ser corregida, es la que se refiere a la organización de la unidad por abajo, en las empresas, barrios, pueblos y ciudades. La experiencia demuestra que sólo la organización concreta de ese tipo de unidad antifranquista permitirá atraer, movilizar, a las grandes masas, forzosamente desorganizadas después de veinte años de falta de libertades políticas, y asegurar la victoria. En la preparación de la huelga del 18 de junio ha habido un elevado grado de unidad, cierto es. Pero no es menos cierto que esa unidad se ha reflejado casi exclusivamente en el terreno de la propaganda, y apenas en el de la organización concreta de la lucha. Para examinar y discutir estas cuestiones, propone nuestro Partido la celebración de una conferencia de mesa redonda, sin compromisos previos, « entre los representantes de los partidos y organizaciones que han apoyado la huelga, del interior y de la emigración, afin de estudiar cómo continuar la labor iniciada, las medidas necesarias para desarrollar la lucha, y las posibilidades de ampliarla con la participación de otras fuerzas que esta vez han estado ausentes, incluso con posibles representantes del Ejército ». No cabe duda de que esta propuesta merece ser seriamente examinada por todas las fuerzas políticas de la oposición. Porque el camino del 18 de junio es el camino más rápido, más democrático, hacia la sustitución pacífica de la dictadura del general Franco. Porque el camino del 18 de junio es el camino de la victoria sobre el régimen de terror y de miseria que todo en España exige cambiar cuanto antes.

EL PAPEL DEL PROLETARIADO Y DEL PARTIDO COMUNISTA EN LA LUCHA POR LA DEMOCRACIA

Por Santiago CARRILLO

CUENTASE en los medios políticos el caso de un millonario que echaba de menos la existencia de un « *Fidel Castro español* ». Esto puede parecer extraño en labios de un hombre de la oligarquía, si se atiende a la política radical que realiza el jefe de la revolución cubana. No lo es tanto, en cambio, teniendo en cuenta el panorama que ofrece la situación política española.

Veinte años de dictadura fascista, de partido único, de represión implacable contra la oposición, de denigramiento sistemático de los antiguos partidos y personalidades dirigentes, habían convertido el campo político de la burguesía casi en un yermo. Sólo en el último período empiezan a parecer brotes de organizaciones y partidos, empiezan a conocerse personalidades nuevas.

Entre esta lenta recuperación de las fuerzas políticas burguesas y el desarrollo de la conciencia y la combatividad antifranquista del pueblo hay un profundo desnivel. El pueblo, particularmente la clase obrera y las masas trabajadoras, están mucho más avanzadas, van muy por delante de los grupos burgueses en la lucha contra la dictadura.

Las grandes acciones antifranquistas las ha realizado hasta aquí el pueblo — es decir, los trabajadores, los estudiantes, la juventud en general, las mujeres — sin haber sentido realmente la dirección de aquellas fuerzas. El pueblo ha visto casi exclusivamente a su cabeza, orientándole, aconsejándole, y dando el ejemplo, al Partido del proletariado, al Partido Comunista.

La jornada del 18 de junio ha sido la primera ocasión importante en que otros partidos y grupos han aparecido junto a los comunistas, compartiendo la iniciativa. Para muchísimas gentes algunos de esos partidos y grupos eran desconocidos hasta ese momento; por eso no han movilizad o a las masas que podrán poner

en movimiento en el futuro, cuando hayan adquirido más autoridad y se hayan dado a conocer más ampliamente, como luchadores antifranquistas activos.

Los hechos muestran a los sectores más consecuentes del pueblo, que en esta situación, el papel más activo, el papel determinante en la lucha contra la dictadura y por la democracia, lo desempeña el Partido Comunista.

Frente a esta evidencia, los elementos de la gran burguesía, antes satisfechos de Franco, al presenciar hoy la descomposición de la dictadura, al plantearse la necesidad insoslayable de sustituirla, sueñan con un nuevo « caudillo » capaz de encabezar la próxima etapa, de desplazar al Partido Comunista del papel que desempeña y de garantizar la dominación de la gran burguesía.

No son, pues, tan extrañas las palabras del millonario aludido... Ciertamente que el *Fidel Castro español* con que sueña debería parecerse muy poco al verdadero Fidel Castro, al valeroso demócrata que hoy dirige al pueblo cubano.

No faltan aspirantes al puesto; pero hasta ahora sólo dos se han presentado *en buena y debida forma*. Uno es el teniente coronel Bayo, promovido a general, por las necesidades de la causa, en una *tenida* masónica celebrada en Caracas — un poco lejos de España, es verdad —. Y otro el tristemente célebre Valentín González, alias « Campesino », que se autodesigna igualmente general, por no ser menos que su competidor.

Ambas candidaturas tienen un vicio de origen. Al « general » Bayo no le conoce nadie, y es difícil imaginar cómo puede dirigirse una insurrección en España sin tropas y desde Caracas. En cambio, al « general » « Campesino » se le conoce demasiado, como el más asnal fullero y uno de los más desvergonzados trotamundos de la moderna picaresca española.

Excusado es decir que estas « candidaturas » no tienen ninguna posibilidad. Pero en todo concurso, en toda elección, hay los candidatos excéntricos, como aquel mesócrata que en pasados tiempos no dejaba de presentarse a cada elección, siendo el *hazmerreír* general. Estos dos candidatos son los « generales *hazmerreír* ».

Este lado cómico no hace más que subrayar, por contraste, el aspecto serio de la cuestión: en un momento en que la crisis de la dictadura está ya muy avanzada y la conciencia y la combatividad de las masas populares han llegado a un grado considerablemente elevado de madurez, no aparece ni un Partido, ni una figura política burguesa con prestigio y autoridad bastantes entre el pueblo para convertirse en el eje de la futura situación política.

Y en cambio existe un fuerte Partido Comunista que gracias a su justa política, a su lucha tesonera y heroica, y a despecho de los múltiples ataques y represiones de que es objeto, goza de enorme autoridad entre las masas populares y se halla a la cabeza de la lucha antifranquista.

Tal situación está pesando decisivamente en el comportamiento de las fuerzas de la oposición burguesa y socialdemócrata.

Estas se reparten en dos sectores muy definidos por la geografía y la historia reciente. Por un lado, las que estuvieron junto a la República, cuyas cabezas dirigentes se encuentran en la emigración. Por otro, los nuevos grupos y partidos de signo antifranquista, aparecidos últimamente en el país, y dirigidos desde el interior.

Esta diferenciación no es la única, entre ellos. Los grupos del interior, por su extrema derecha — Unión Española — preconizan la restauración o instauración — tanto da — de una monarquía, cuya definición va evolucionando con las exigencias del oportunismo político, y que últimamente se presenta como vagamente « constitucional ». De esta solución — no hace falta decirlo — se excluye a los comunistas y a los partidos republicanos, con excepción de aquéllos que estén dispuestos a renunciar a su republicanismo. A pesar de la evolución de esta fórmula, cuando menos de su presentación por los elementos de Unión Española, por su propio fondo reaccionario, ella significaría la prolongación de la dictadura con ligeros retoques de fachada.

A su vez, los grupos de centro derecha del interior, que se complacen en definirse como *accidentalistas*, realizaban, por lo menos hasta hace poco, un juego político complicadísimo y contradictorio. Por un lado trataban de atraer a los partidos de la emigración hacia una fantasmal *monarquía liberal* que nadie, salvo ellos mismos, propone — lo que no deja de ser curioso en accidentalistas — y a la formación de una coalición que denominan de « centro izquierda », qui iría desde los demócratas cristianos y liberales hasta los socialistas y cenetistas.

Calculaban que formada esta coalición, agruparía la fuerza suficiente para obligar a Unión Española a liberalizar su programa y para que el pretendiente D. Juan se resuelva a proclamar, como su famoso antepasado : « Marchemos todos y yo el primero por la senda constitucional ».

Por este camino pensaban formar una coalición burguesa y socialdemócrata, capaz de inclinar la balanza política de su lado, es decir, de garantizar el papel dirigente de la burguesía y de limitar el cambio político según los intereses de clase de ésta.

Pero, a la vez, entre los dirigentes accidentalistas hay personas más inteligentes y realistas que no consideran factible una alianza sin los comunistas, y que tienen actitudes más democráticas. No es que tales personas renuncien a que la burguesía domine la futura evolución política, sino que, aun persiguiendo este fin, estiman imprescindible, durante un período, la alianza con los comunistas contra el franquismo. Para ello renuncian a convertir la monarquía en el objetivo político de la alianza y aceptan que la decisión sobre el régimen futuro quede en manos de la voluntad nacional.

La complejidad del juego político accidentalista, al intentar simultáneamente estas dos contradictorias políticas, origina conflictos incluso entre sus componentes, pasos adelante y atrás, y una penosa incertidumbre hasta en sus seguidores, que terminan por no saber a ciencia cierta lo que sus jefes persiguen.

Por otra parte, los dirigentes de los grupos exiliados, muy influidos por la Ejecutiva del P.S.O.E. y por las presiones de la política imperialista, serían propicios a una alianza con las fuerzas del interior que excluyese al Partido Comunista. Pero sin renunciar por entero a su razón de ser, sin hacer el « harakiri » político, no pueden embarcarse en un movimiento monárquico.

Hay que añadir, para completar el cuadro, que también entre los dirigentes y grupos exiliados, como entre los accidentalistas del interior, los hay que no conciben la posibilidad de una alianza anti-franquista excluyendo a los comunistas. Esta tendencia, surgida de una visión más cabal de la realidad española, gana terreno entre ambos sectores : los del interior y los de la emigración.

Sin embargo sería una visión demasiado superficial de las cosas, la que limitase las diferencias que dividen a las fuerzas de oposición burguesas y socialdemócratas, a si la salida a la dictadura de Franco ha de ser la instauración de D. Juan en el trono, o el establecimiento de un gobierno sin signo institucional, que deje abierta la cuestión República-Monarquía.

Si la monarquía tuviese la posibilidad de encontrar un amplio apoyo popular y de consolidarse como la forma de dominación de la burguesía, aislando y reduciendo a la mínima expresión a las fuerzas revolucionarias, y particularmente, al Partido Comunista, el plan de la restauración sería aceptado por muchos de los dirigentes y grupos exiliados, aunque no por todos.

Sin tener la monarquía tal apoyo popular ¿no hemos visto ya a dirigentes socialistas, como Araquistain, caer en éxtasis ante la forma « democrática » de emitir sus carcajadas el conde de Barcelona ?

Y, por el contrario, si fuera hacedero marchar hacia una República en la que el Partido Comunista y la clase obrera no desempeñaran apenas papel, y en la que la burguesía tuviese garantizada de antemano y a largo plazo su dominación, veríamos a gran parte de los que ahora sacrifican en el altar de D. Juan, volverle la espalda y declararse republicanos.

De lo dicho se infiere que uno de los factores esenciales que hoy pesan sobre la situación política es que una solución antifranquista, que lo sea de verdad, que se apoye en el pueblo, que respete las reglas democráticas, deberá reposar, en buena parte, sobre la clase obrera y su Partido Comunista. Y pese al carácter burgués que dicha solución tendría, existirán en su seno, desde el principio, poderosos elementos que impulsarán el desarrollo y consolidación de la democracia y sentarán las premisas para la futura transformación socialista.

Así se plantean actualmente los problemas del desarrollo social de España, no sólo porque el mundo, en su conjunto, marcha en esta época hacia el socialismo, sino por las características propias, particulares de la situación nacional de España.

Estas últimas, pueden resumirse, esquemáticamente, así : bajo los gobiernos constitucionales o autocráticos del pasado, la burguesía como clase no fue capaz de realizar las transformaciones económicas y políticas susceptibles de convertir España en un país moderno. Durante la República, sobre todo en los últimos años de ésta, el pueblo sufrió en su carne y en su sangre las consecuencias de la incapacidad histórica de la burguesía y sacó sus conclusiones. Posteriormente, la dictadura fascista del general Franco, que ha representado el dominio incompartido de la oligarquía monopolista, ha ayudado al pueblo, a través de trágico calvario, a enriquecer y completar su experiencia política.

Decir que las fuerzas burguesas y socialdemócratas han perdido por eso todo su crédito y carecen de posibilidades, sería un peligroso absurdo. Pero la realidad es que hoy, la clase obrera y su Partido, ante amplios sectores sociales, aparecen justamente como la fuerza más apta, mejor preparada para sacar la historia nacional de atolladero de las guerras civiles, del atraso y el caos y para renovar y transformar el país.

A esta maduración de la conciencia política de amplios sectores populares ha contribuido decisivamente, junto al ejemplo de la Unión Soviética y los países socialistas, la justa política de nuestro Partido; la firmeza con que éste se ha mantenido ligado a las masas, a despecho de la persecución fascista; la audacia con que las ha encabezado y guiado en la lucha contra la dictadura. Y, contrariamente, la atonía, las vacilaciones y contradicciones constantes de los grupos burgueses y socialdemócratas de oposición, y su temor a apoyarse en el pueblo y a marchar con él.

En los últimos tiempos — particularmente al preparar la huelga nacional — los representantes de nuestro Partido han tenido ocasión de discutir ampliamente con dirigentes y miembros responsables de las otras fuerzas de oposición.

Unas veces de manera insinuante « amistosa », casi como si se tratase de hacernos un favor; otras franca y rudamente — y entre ambos extremos, todos los matices que la « habilidad política » es capaz de poner — se nos ha dicho en definitiva lo mismo :

« ¿ Por qué no aceptáis convertir al Partido Comunista en una fuerza « auxiliar » de « apoyo », secundando las iniciativas de los grupos burgueses, dejando a éstos solos al frente del movimiento? Verdad que sois muy fuertes, que sin vosotros no se puede hacer nada eficaz. Pero tenéis que sacrificaros; no ha llegado vuestra hora. Es la hora de los partidos burgueses y socialdemócratas. Lo que conviene hoy es que « no se os vea ». Esfumaos, limitaos a un papel oscuro ».

Los argumentos que se añaden para justificar tal pretensión son poco variados : « las fuerzas moderadas temen al comunismo ». « Los socialistas, a causa de sus compromisos internacionales, no quieren unirse a vosotros ». « Las potencias capitalistas — ellos las llaman « democráticas » u « occidentales » — no permitirán un cambio de régimen si a los comunistas se os ve demasiado ». Y así por el estilo.

* * *

En el fondo, lo que se plantea es la cuestión del papel del proletariado y su Partido en la transformación democrática de España. Es lógico que los diversos puntos de vista sobre esta cuestión estén influidos por la posición de clase de quienes opinan, y que los partidos burgueses tiendan a colocar al proletariado y a las masas populares en la situación de simples peones de brega de la burguesía.

La cuestión no es nueva y se ha planteado en cada país en vísperas de pasar a transformaciones semejantes.

Los partidos burgueses cuando quieren alcanzar el poder necesitan de la clase obrera y las masas populares. ¿ Quién mejor para romperse la crisma contra el orden establecido? Pero en cuanto la clase obrera y las masas populares se proponen lógicamente, administrar el resultado político de su sacrificio, tomar en sus manos los destinos públicos, o simplemente influir directamente sobre ellos, los partidos burgueses se hechan las manos a la cabeza, y son pródigos en consejos de paciencia, de esperar a que llegue « el día... » Y cuando tienen fuerzas, a los consejos, si no convencen, unen la represión.

La posición de principio de los comunistas sobre el papel dirigente del proletariado en la lucha por la democracia, en esta época, es sobradamente conocida. Nuestro maestro Lenin la ha expuesto

con claridad meridiana. Los comunistas españoles nos atenemos a los principios leninistas, esforzándonos por aplicarlos correctamente a las condiciones concretas de nuestro país.

A aquellas proposiciones, lo mismo las hechas de forma insinuante que las formuladas rudamente, podríamos responder con una sola palabra. Sin embargo, no está de más analizar algunas de las razones por las que la pretensión de que el Partido Comunista y la clase obrera desempeñen un papel « auxiliar », de « apoyo » es no sólo inaceptable por nosotros, sino profundamente peligrosa para la causa de la democracia española.

Los comunistas afirmamos que la contradicción que hoy se encuentra en primer plano en la sociedad española, es la que enfrenta a la oligarquía monopolista y su poder político, la dictadura del general Franco, al conjunto de las otras capas y clases : el proletariado, los campesinos, los intelectuales y la burguesía no monopolista.

Todas estas clases y capas se hallan interesadas en poner fin a la dictadura del « caudillo ». De ahí se infiere, como lógica consecuencia, la posibilidad y la necesidad de un entendimiento entre las diversas fuerzas políticas que las representan.

Pero un « entendimiento » que empiece por poner como condición la anulación política de una de las clases decisivas para su realización — en este caso el proletariado — no es tal entendimiento : es una imposición, un acto dictatorial, antidemocrático; un comienzo poco alentador respecto a la futura democracia que algunos políticos burgueses imaginan.

¿Qué títulos presentan, en definitiva, la burguesía no monopolista y sus partidos, para aspirar no sólo a la *dirección*, sino incluso hasta al *monopolio* del futuro régimen español? ¿Qué garantías pueden ofrecer al pueblo esa clase y sus representantes, para que éste se ponga incondicionalmente en sus manos?

La burguesía no monopolista no es, ni mucho menos, un todo homogéneo; ella misma no es más que una parte, y no la más decisiva, de la clase de los capitalistas, en la que por su posición material desempeña hoy un papel preponderante la oligarquía monopolista. En sí, la burguesía no monopolista es un conjunto de sectores y capas diversos, que en trazos un poco esquemáticos se presentan, sobre poco más o menos, como sigue :

Por su extrema derecha — utilizando este término para la claridad de la exposición — la burguesía no monopolista roza con la oligarquía y confunde sus lindes con los de ésta. Por su extrema izquierda, toca con el proletariado y se acerca a las condiciones de vida materiales que son propias de éste.

Frente a la dictadura del general Franco, el sector *derechista* de la burguesía no monopolista es partidario de cambios que disminuyan y limiten los privilegios monopolistas, y que aflojen el corset de hierro con que estos privilegios les asfixian. Por esta razón dicho sector es partidario de un régimen que dé más libertades, que la permita defenderse, y es opuesto al actual, que le niega toda representación efectiva. En ese sentido, dicho sector de la burguesía no monopolista es liberal, es decir, se pronuncia en favor de ciertas libertades económicas y políticas.

Pero, por otro lado, dicho sector teme al proletariado, al fortalecimiento de las posiciones políticas de éste y a que de tal fortalecimiento se desprendan condiciones favorables para la futura transformación socialista de la sociedad. Por esta causa, el sector dere-

chista de la burguesía no monopolista es partidario de limitar y reducir las libertades democráticas; de forma que se cierre el paso al fortalecimiento de las posiciones políticas del proletariado y de su Partido Comunista.

Por todo ello, sus representantes políticos no se muestran del todo insensibles a los cantos de sirena de los grupos políticos ligados al capital monopolista que empiezan a diferenciarse y a romper con el general Franco, convencidos de su próxima caída; sufren las tentaciones de una monarquía, o de un régimen tibiamente liberal, administrado exclusivamente por los partidos burgueses, que construya para la clase obrera un lazareto más o menos disimulado, a través de las restricciones y limitaciones de la libertad.

El sector derechista de la burguesía no monopolista se inclina naturalmente a las soluciones por « arriba », a lo « amigable », sin intervención popular. Es decir, al compromiso con la dictadura y con la oligarquía. Y por consiguiente a la eliminación de los comunistas, y de cualquier grupo sospechoso de verdadero democratismo, de la solución del problema político.

Otro sector de la burguesía no monopolista, más alejado de la oligarquía, más acosado por la presión económica y política de ésta, no confía en una solución « amigable », porque percibe que aunque la oligarquía monopolista, para ganar tiempo y hacer frente a la marea popular, realizase momentáneamente concesiones, las retiraría a la primera oportunidad, y volvería a anudarle la cuerda al cuello con más violencia, si cabe, para estrangularle.

Este sector es más avanzado que el primero a que nos hemos referido; pero desconfía también del proletariado. Considera imprescindible utilizar a éste para luchar contra la dictadura y para reducir los privilegios de la oligarquía; pero a condición de ser el mismo bastante fuerte para, cumplida esta primera parte de su programa, poder apretarle las clavijas a la clase obrera y aplastar cualquier propósito, por parte de ésta, de seguir avanzando.

En términos políticos, este sector razona así : unamos las fuerzas burguesas y socialdemócratas; creemos así un frente bastante sólido para obligar a la clase obrera y su partido a aceptar nuestras condiciones y para poder desembarazarnos de ellos en cuanto dejen de hacernos falta.

Y hay, por último, otro sector de la burguesía urbana y rural, la pequeña burguesía, muy numeroso hoy en España, pero poco decisivo por sí mismo desde el punto de vista social, dada la precariedad de su situación y su escaso poder económico, cuyas condiciones de vida empeoran paulatinamente y se aproximan a las del proletariado, sector en el que va penetrando la desconfianza en el actual sistema social, cuya injusticia sufre, y que cada vez teme menos marchar junto con la clase obrera y su partido.

Los sentimientos de este sector, en política, los expresan ciertos grupos y personalidades, partidarios de la unidad con los comunistas, algunos de los cuales empiezan incluso a plantearse, en el terreno ideológico, la posibilidad de marchar hacia el Socialismo al lado de la clase obrera. También nuestro Partido expresa los sentimientos de los elementos más avanzados de este sector, y ello porque sin mengua de su carácter proletario, es cada vez más un gran Partido popular.

Es decir, la burguesía no monopolista no es una fuerza homogénea; ningún partido puede pretender representarla — la prueba es

que son varios, y con diversidad de programas, los que aparecen como representantes suyos.

Las diferencias entre los tres sectores citados se agudizan, se marcan más netamente, en los períodos — como el actual — en que el movimiento de las masas populares, encabezadas por la clase obrera, desborda los frenos de la dictadura, y plantea en la calle el problema político.

En tales períodos, el tercero de esos sectores, atraído por la lucha de masas, adopta posiciones más resueltamente democráticas y tira hacia sí del segundo, y éste, a su vez, del primero. Se crean entonces condiciones más favorables para que se plasme en la realidad una amplia alianza antifranquista.

En los períodos en que la lucha de masas se debilita, el proceso sigue la dirección inversa. Las condiciones así creadas son favorables a la prolongación de la dictadura y a las soluciones de componenda, por arriba, sin intervención del pueblo.

De ahí el papel decisivo de la lucha de masas, cada vez más abierta, encabezada por la clase obrera, para garantizar el curso democrático del movimiento antifranquista.

* * *

Es decir : en el período histórico que vivimos, en la época del imperialismo decadente y de las revoluciones proletarias, la burguesía, incluso cuando está interesada en la liquidación del fascismo, no es una clase consecuentemente democrática; actúa siempre con el temor de que las libertades democráticas abran el camino al socialismo.

La clase obrera no puede, de ninguna manera, entregar sus destinos a los partidos de la burguesía, aunque tengan programas liberales y democráticos, ni renunciar a su Partido y a su política independiente.

Si hacemos abstracción de los términos reales en que ésta planteado el problema político español, de la verdadera correlación de fuerzas existente, podríamos imaginar lo que sucedería en España en el caso de que el proletariado y su Partido fuesen relegados a un simple papel « auxiliar ».

El gobierno del país en manos exclusivas de los partidos de la burguesía no monopolista, habiendo puesto en el lazareto a la clase obrera y su Partido, no podría asegurar el sostenimiento de la democracia. Tal gobierno, a consecuencia de las contradicciones que existen en el seno de esa clase, de sus vacilaciones, y de las presiones de que sería objeto tanto por la derecha — oligarquía monopolista — como por la izquierda — la clase obrera y fuerzas progresistas — resutaría tremendamente inestable. La experiencia del primer bienio republicano-socialista se repetiría considerablemente agravada. Los obreros, los campesinos, los sectores de la burguesía menos acomodados, la intelectualidad progresiva, no se sentirían ligados a ese gobierno, no lo apoyarían, por realizar una política discriminatoria contra ellos y contra sus intereses. Por el otro lado, la extrema reacción, la oligarquía, volvería a conspirar.

El gobierno de la burguesía no monopolista contra el proletariado, los campesinos y las fuerzas progresistas, degeneraría y terminaría siendo controlado por la oligarquía, abriendo camino a la reinstauración de la dictadura. Ante esa situación todas las posibilidades de desarrollo pacífico se esfumarían, y a los obreros, los cam-

pesinos y las fuerzas de avanzada no les quedaría más salida que la insurrección y la toma del poder por la violencia.

Y esto no depende de la buena voluntad, de la inteligencia, de tal o cual dirigente político burgués. Esto está en la esencia de clase de la burguesía.

Los comunistas debemos ser conscientes de esta realidad, y hacer tenaces esfuerzos para que las masas la comprendan, y para que la comprendan también los elementos más inteligentes y razonables de la misma burguesía no monopolista.

Se comprende que nuestro Partido no esté dispuesto a marchar por ese camino; a repetir ahora los errores que la socialdemocracia española cometió en 1931.

¿En nombre de qué se nos pide que aceptemos tal perspectiva catastrófica? Desde luego no en nombre de la democracia. Se nos pide tal aceptación en nombre de los intereses de las potencias imperialistas; en nombre de un « fatalismo » geográfico que no aceptamos, que nuestro pueblo no acepta; en nombre de los vetos y las exclusiones anticomunistas interpuestas por poderes ajenos y hostiles a la democracia española. Lo extraordinario, lo alarmante, es que a los hombres que nos hablan así no les dé vergüenza acudir al uso de tales argumentos. ¿De qué está compuesto su espinazo? ¿Con quienes están, con el pueblo, o con los poderes extranjeros imperialistas?

Nosotros tenemos en cuenta la realidad y nos hacemos cargo del peso que ejerce sobre la vida política española la presencia de bases americanas y de intereses extranjeros. No nos proponemos declarar la guerra a los Estados Unidos, ni a las potencias imperialistas. Pero estamos seguros de que un gobierno nacional, que cuente con el apoyo activo de la clase obrera, los campesinos y la burguesía no monopolista, puede por medio de negociaciones diplomáticas modificar la actual situación de dependencia y restituir a España su estatuto de país neutral, defensor de la paz.

En todo caso, sobre estas cuestiones es el pueblo quien debe decidir libremente. El franquismo no le tuvo en cuenta para colocar a España bajo la dependencia americana, para inundar nuestro territorio de nuevos vergonzosos Gibraltares. La futura democracia española deberá proceder con arreglo a la voluntad popular. Quien piense en seguir secuestrando la independencia nacional, en nombre de los intereses del llamado « mundo libre », provocará la indignación general y un torrente de protestas. Son los intereses de España y de su pueblo los que hay que empezar, de una vez por todas, a tener en cuenta y a respetar.

Un país pequeño, pegado a las fronteras yanquis, Cuba, está dando un ejemplo de cómo los pueblos pueden hacer respetar su voluntad en esta época. Y la vergonzosa suerte de Batista, Pérez Jiménez y Perón, enseña cómo, una vez que ya no sirven para nada, el imperialismo se cisca en sus peleles y los deja abandonados a su suerte. Así le ocurrirá en un futuro próximo a Franco. Así ocurriría, más pronto o más tarde, a cuantos antepongan a los intereses nacionales los intereses imperialistas.

* * *

El proletariado es, en la sociedad española, la clase que por su situación social está más directamente interesada en el triunfo y la consolidación de la democracia. Junto con él, los trabajadores del

campo y la intelectualidad avanzada. El proletariado no tiene nada que perder sino todo que ganar con el triunfo y el desarrollo democráticos. La liquidación de las trabas oligárquicas monopolistas y semi-feudales le interesan más que a ninguna otra clase social. El proletariado es el más firme combatiente y defensor de la democracia, junto con la masa campesina, como lo ha demostrado ya la historia reciente de nuestro país; como se demuestra cada día en la lucha contra la dictadura. Sin disminuir el mérito de otras clases y capas en esta lucha, la realidad es que a medida que éstas luchan más conscientemente por la democracia, ellas mismas comprenden el papel extraordinario del proletariado como vanguardia de la democracia, la necesidad de que el proletariado desempeñe su papel, no sólo de combatiente, sino de dirigente, en esta lucha.

Pese a ser la clase que más pone para hacer triunfar la democracia, que más sacrificios hace, el proletariado, por su parte, no exige hoy la exclusiva en la dirección, aunque comparativamente, podría hacerlo con muchos más méritos.

El Partido del proletariado defiende la constitución de una alianza de obreros, campesinos y burguesía no monopolista. Somos partidarios de una política común que refleje la defensa de los intereses de dichas clases, en los numerosos puntos en que éstos son comunes frente al fascismo y la reacción; frente al poder de la oligarquía, que no desaparecerá con la caída de Franco, sino cuando la estructura económica en que se asienta ese poder haya sido modificada. Somos partidarios de amplias libertades democráticas y de un poder que refleje los intereses de dichas clases — es decir : del proletariado, los campesinos y la burguesía no monopolista —, y que sea emanación de la voluntad de la inmensa mayoría de la nación.

Para lograr este resultado hemos hecho y estamos dispuestos a hacer concesiones que permitan fraguar dicha alianza, y garantizar en el futuro el desarrollo y consolidación de la democracia para el pueblo.

El papel que corresponde al proletariado, a su Partido, y a los grupos progresistas en esa alianza debe determinarlo el pueblo mismo. No pedimos que ese papel se nos reconozca graciosamente; será el que ganemos con nuestra labor, el que el pueblo nos reconozca. Lo mismo debe suceder con otros grupos y partidos. Esa es la ley democrática; esa es la ley que respetamos, que respetaremos y que deberán respetar los demás.

Y son inútiles y bizantinas las discusiones a priori para anularle, reducirle o sujetarle a tales o cuales límites.

Luchamos por una democracia sin discriminaciones antiobreras y antipopulares. Por una democracia que se asiente sólidamente y ponga fin a las tradiciones de guerra civil y caos, de las que son responsables las clases que han dominado en nuestro país.

Esa democracia es la que quiere el pueblo. Es inútil buscar nuevos caudillos o trazar lazaretos. Lo que hace falta es que todos los partidos de la oposición, todas las clases y capas emulen con los comunistas y el proletariado en la lucha contra el franquismo. Eso les dará crédito y autoridad entre el pueblo; ése y no otro es el camino por el que pueden desempeñar un papel en el presente y en el futuro.

EL PLAN DE ESTABILIZACION ECONOMICA Y SUS CONSECUENCIAS

Por Juan GOMEZ

EL 17 de julio, en Washington, el Ministro del Comercio, Ullastres, en nombre del gobierno de Franco, estampó su firma en una nueva acta de capitulación nacional. Se ha consagrado la entrega del país, atado de pies y manos, al imperialismo yanqui. Y hay que decir, subrayando las palabras para darles todo el alcance necesario, que se trata de una capitulación sin condiciones.

Debemos ser lo más claros y lo más rotundos posible en este planteamiento, dada la gran confusión que sobre estos problemas prevalece en el país.

Esta confusión nace de que cuestiones extraordinariamente complejas, en las que se juegan los intereses de todo el país y cuyas repercusiones afectarán la vida de cada español, son abordadas por la dictadura con absoluto menosprecio de la soberanía nacional, totalmente a espaldas de la opinión pública, que no sólo está condenada al silencio, sino mantenida en la ignorancia por la propaganda orquestada de los servicios oficiales de información, a la que hacen coro determinados portavoces del gran capital monopolista.

Desde hace siete meses el país vive en un estado de extrema inquietud, presintiendo que, a sus espaldas, se está jugando su destino inmediato. Nadie presta el menor crédito a las afirmaciones oficiales. La frase de las declaraciones de Franco al periódico « Excelsior » de Méjico, « el porvenir económico se presenta optimo », es retirada por la propia censura de un titular a toda plana de un periódico por temor a que se desborde el vaso de la indignación popular. Y del largo discurso de Ullastres, el 1º de junio en la Feria des Muestras de Barcelona, el pueblo retiene, ante todo, sus palabras finales :

« Tenemos que aguantar... Es hora, históricamente, de pensar todos un poco menos en nuestro nivel de vida... Que Dios nos ayude ».

En estas circunstancias, coincidiendo con el XXIII aniversario de la sublevación franquista, se ha abatido sobre el país, como un terrible mazazo, el llamado « Plan de estabilización económica », pergeñado en Washington.

¿Cuál es el fondo de la cuestión?

Veinte años de política económica de la dictadura han conducido las finanzas del país a la bancarrota.

La inflación, como una gangrena, ha corroído todo el organismo económico nacional. El alza de los precios y de los costes interiores imposibilita las exportaciones. En los últimos nueve meses cuyas estadísticas han sido publicadas — de julio de 1958 a marzo de 1959 —, el déficit del comercio exterior se ha elevado a 1.043 millones de pesetas oro, contra 626 millones en el período correspondiente anterior.

Nunca, en ningún momento de su historia, España había conocido un déficit semejante. Mientras que un año antes con las exportaciones alcanzábamos todavía a pagar un 65 % de las importaciones, ahora sólo logramos pagar un 49 %.

Las reservas de oro y divisas han sido ya totalmente agotadas. En consecuencia, entre septiembre de 1958 y febrero de 1959, sólo han podido importarse 1.940.000 toneladas de petróleo crudo, contra 3.524.300 un año antes (una baja del 45 %). El país se halla bajo la amenaza inminente de la asfixia económica.

La dictadura del general Franco, que ha conducido así, paso a paso, la economía nacional hasta el borde mismo del abismo, para evitar que la bancarrota virtual se transforme en quiebra declarada, ha aceptado todas las condiciones dictadas por el capitalismo monopolista internacional, encabezado por los Estados Unidos.

Estas condiciones que se imponen al país van a provocar tremendos sufrimientos para nuestro pueblo. La responsabilidad corresponde a Franco, cuyo empeñamiento en permanecer en el poder, en prolongar su dictadura, ha impedido que el país — corrigiendo a tiempo algunos de los daños más graves ocasionados por la política económica del régimen —, se preparara, en mejores condiciones, para hacer frente a la situación internacional que ahora se le presenta.

* * *

¿Qué medidas implica el Plan de estabilización?

La primera de estas medidas es la devaluación de la peseta, cuyo tipo de cambio pasa de 42 a 60 pesetas por un dólar.

Esta devaluación es, pues, técnicamente de un 30 %. Pero no nos dejemos engañar por este « tecnicismo ». En relación con los precios, que es lo que interesa, todas las mercancías importadas nos costarán ahora un 43 % más de pesetas de lo que nos costaban antes. Tal será el impacto de la devaluación sobre los precios de las mercancías de importación.

Una devaluación de tal amplitud, tiene pocos antecedentes en la historia económica internacional. Por lo que se refiere a nuestro país, es del mismo orden de la que sufrió la peseta entre 1935 y 1942, es decir, como consecuencia de la guerra. Teniendo en cuenta que la peseta ya había sido devaluada el 5 de abril de 1957, puede decirse que desde que se constituyó el último gobierno de Franco hace 29 meses, la peseta ha sufrido más quebranto que durante toda la guerra civil. Esto, por sí solo, nos da la medida de la catástrofe económica que ha provocado la política del régimen. Y

ahora Franco no puede arrojar la responsabilidad sobre los « rojos », ni sobre el comunismo internacional. Es el fruto de su propia obra.

Todas las materias primas, entre ellas los combustibles, que representan por sí solos el 24 % del total de las importaciones, nos costarán, como decimos, un 43 % más que antes. Lo mismo sucederá con el algodón y los productos alimenticios que se importan como excedentes yanquis. En cuanto a las máquinas y los artículos manufacturados, sobre los cuales en octubre último se impuso ya, bajo la forma de fondo de retorno, una elevación del 25 %, ahora ese incremento se ve consolidado y aumentado todavía en un nuevo 14 %.

La consecuencia ineluctable, inevitable, será una nueva elevación de los precios interiores. Comenzando por los precios oficiales. Subirán los combustibles líquidos y sólidos, las tarifas de transportes, las de la electricidad, las de todos los servicios públicos. Subirán los precios de los productos siderúrgicos, del cemento, de los fertilizantes. Estos incrementos de los precios de los productos básicos y de los servicios, habrán de repercutir sobre los costes de producción y, por consiguiente, sobre todos los demás precios.

El « plan de estabilización » que nos imponen los yanquis cuenta, para « limitar » este alza de los precios interiores, con que la profundidad y la extensión de la crisis que va a provocarse en España y la consiguiente agravación de la miseria de las masas, reducirán considerablemente las compras, mientras que la ruina y la quiebra de los industriales, comerciantes y campesinos obligará a éstos a vender, incluso con pérdidas.

Parte de esa argumentación es exacta. La miseria extrema de las masas, la baja de su poder adquisitivo, reducirá de forma considerable el consumo, lo que — en las condiciones en que se encuentra el país — vendrá a agravar aún más la crisis de superproducción existente, la crisis de ventas del comercio. Miles de industriales y comerciantes tendrán que liquidar sus existencias o se las liquidará el Juzgado. Muchos otros, tendrán que encajar, efectivamente, una parte del aumento de los costos, haciendo aún más precaria la situación que hoy atraviesan. Los campesinos, que tienen bloqueados desde hace dos años los precios oficiales del trigo, de la remolacha, del algodón, del tabaco; que sufren bajas catastróficas de los precios que perciben por sus productos, como en el vino (de 42 a 18 pesetas grado hectolitro), en la lana (más de un 50 %), encontrarán muchas más dificultades todavía para colocar sus cosechas.

La argumentación del « plan de estabilización » es verdadera-sangrienta. Equivale a decir al pueblo : No subirán los precios tanto como tendrían que hacerlo, porque dadas las medidas que tomamos, la miseria a que vamos a someterte te impedirá, de todas formas, comprar esos productos. ¿Para qué vas, en definitiva, a inquietarte por sus precios ?

Pero, a pesar de todo ello, los precios aumentarán porque dada la rigidez de los costes de producción en nuestro sistema económico, alzas tan considerables de los productos básicos no pueden ser encajadas globalmente. La pretendida « estabilización » aparece así condenada de antemano.

Si la devaluación representa para el país una trágica agravación de sus condiciones de existencia, para los yanquis que nos la han impuesto, representa una fabulosa operación y un gran negocio.

Todos los créditos en dólares que tienen otorgados a Franco serán automáticamente revalorizados. Por el aceite de soja, por los cereales de pienso, por el algodón, por todos sus excedentes que ya vienen colocándonos, percibirán ahora un 43 % más de pesetas que antes. Lo mismo sucederá con la contrapartida en pesetas que reciben por su « ayuda para la defensa ». En idéntica medida será revalorizado el poder de compra de los miles de militares y de sus familias que estacionan en las bases americanas. Y el de los turistas que nos visitan. El pesado tributo que el país viene pagando a los Estados-Unidos, como consecuencia de los acuerdos yanqui-franquistas de septiembre de 1953, se verá de esta forma considerablemente agravado.

* * *

Teóricamente, la devaluación persigue el objetivo de aumentar las entradas de divisas : de una parte, facilitando las exportaciones; y, de otra parte, canalizando hacia el circuito oficial las divisas que hoy van a parar al mercado negro.

En cuanto a las exportaciones. La razón fundamental de la caída de nuestras exportaciones era que nuestros precios resultaban muy elevados para el mercado internacional. La devaluación va a permitir ahora, efectivamente, rebajar esos precios. En su consecuencia, por un mismo volumen de exportaciones, recibiremos, en adelante, menos divisas que antes. Para que la devaluación ofrezca resultados es preciso que el crecimiento del volumen de las exportaciones sea tal, que no sólo contrarreste el descenso del precio unitario de la tonelada exportada, sino que lo sobrepase. Tal resultado no cabe esperarlo de la marcha del comercio exterior, como veremos más adelante.

En cuanto a la canalización de las divisas hacia el mercado legal. Ese resultado sólo puede lograrse siempre que se consiga la estabilización económica total y se restablezca la confianza en la moneda, tanto en el interior como en el exterior del país.

Ese resultado no puede lograrlo el franquismo. El conjunto de condiciones, interiores y exteriores en que — como consecuencia de toda la política que ha seguido el régimen — se obliga al país a afrontar la « operación estabilización », permiten anticipar, sin temor a equivocarse, que ese objetivo no será alcanzado.

Caben, en consecuencia, dos alternativas : o el gobierno sostiene la paridad ahora fijada a la peseta, empleando para ello los 75 millones de dólares de crédito que le ha abierto el Fondo Monetario Internacional, en cuyo caso ese crédito — muy reducido en fin de cuentas — será consumido rápidamente, como una pavesa; o el gobierno se ve obligado a renunciar al sostén de la peseta, es decir, al cumplimiento de los compromisos ahora contraídos. En ambos casos, es el fracaso de todo el plan de estabilización. Esto es lo que, tras un breve paréntesis, facilitado además por la temporada turística, sucederá indefectiblemente.

* * *

La segunda de las medidas del Plan es la entrada del país en la Organización Europea de Cooperación Económica (O.E.C.E.) y la liberalización de los intercambios.

Sobre este aspecto de la cuestión es, sin duda, sobre el que existe mayor confusión, sobre todo entre amplios sectores industriales y comerciales.

En las respuestas a la « consulta » hecha por el gobierno a las directivas de las Cámaras y de algunos otros organismos económicos, el rasgo común, decisivo, aplastante, ha sido el siguiente : la condena enérgica e inapelable de toda la política económica que ha seguido el régimen; la formulación, como una necesidad previa a toda toma de posición sobre tales problemas, de la exigencia de un cambio total de la situación existente.

En esto los autores de las respuestas han visto justamente. Ahora bien, como consecuencia de la complejidad del problema; de que, efectivamente, hoy en día el 60 % de nuestras exportaciones están dirigidas hacia los países de la O.E.C.E.; pero, sobre todo, de que el amordazamiento de la opinión pública impide que se presenten y se razonen otras alternativas que existen, muchos de los redactores de tales informes parecen resignados — aunque como dice la revista « Actualidad Económica » —, en un estado de ánimo de « Juicio Final, con sentencia desfavorable », a aceptar una u otra forma de liberalización de intercambios y de integración europea.

El estado de exasperación en que hoy se encuentran miles de industriales y comerciantes les conduce a hacerse un razonamiento que, aproximadamente, es el siguiente :

« Cualquier cosa antes que la continuación de esto. Cualquier cosa mejor que seguir pagando el kilo de algodón en rama a 48,50 pesetas, cuando podría comprarlo a 29 si no hubiera intervención del gobierno; antes de que el I.N.I. siga arramblando con todos los fondos de las Cajas de Ahorros, que son nuestro dinero y que era lo que hacía posible que disfrutáramos de algunos créditos. Nada puede ser peor de lo que ya tenemos encima. »

A estos hombres nosotros les invitamos a meditar un momento. Hay algo peor que todo lo que hasta ahora hemos conocido y soportado. Es el plan de estabilización económica que este régimen va a imponer al país. Es la liberalización y la integración bajo este régimen, en las condiciones presentes, llevados del cuello por los norteamericanos.

El dilema no es esto o la integración europea en las actuales circunstancias, que será esto elevado al cubo. El dilema es : o la continuación del régimen, o la liquidación de la dictadura por la vía pacífica de la reconciliación nacional, que permitiría plantear todos los problemas económicos del país sobre nuevas bases.

Hay que partir de un hecho fundamental : la productividad en nuestra agricultura es un tercio de la europea, y en la industria es de la mitad. Este abismo no puede ser salvado por mucho que se estruje a nuestros trabajadores. Para cortarlo se necesitan cambios fundamentales de estructura y un intenso desarrollo económico y técnico.

Incorporar nuestro país que, en su conjunto, es un país subdesarrollado, a organismos de la Europa occidental, promovidos y dirigidos por el gran capital monopolista, por sus « trusts » y por sus « cartels » en los que prevalece la implacable ley de la competencia interimperialista y de la caza del beneficio máximo, es tanto como

condenar nuestras zonas de secano a convertirse en desiertos y a nuestras ciudades en cementerios de fábricas arruinadas e impotentes. Cualquier espíritu ponderado y ecuaníme, tiene que llegar ineluctablemente a esta conclusión.

Veamos, ahora, las consecuencias inmediatas de las medidas que en este terreno figuran ya en el Plan de estabilización.

Las normas actuales de la O.E.C.E. implican la liberalización del 90 % de los intercambios, especificándose que esta liberalización tendrá que abarcar, como mínimo, el 75 % de los artículos de cada uno de los tres sectores : materias primas, sustancias alimenticias y artículos fabricados.

Como régimen transitorio, y hasta la revisión de la situación, prevista para febrero próximo, a España se le autoriza a que la liberalización sólo abarque el 50 % de su comercio no estatal. El gobierno, para adormecer las inquietudes, pretende que la liberalización afectará sobre todo a las materias primas y a las piezas de recambio. Aparte de la falsedad de esta afirmación, puesto que la O.E.C.E. impone, obligatoriamente, como decimos, cierta liberalización en todos los sectores, ¿es que se va a liberalizar la importación de algodón? Ello representaría, por alta que sea la protección arancelaria, la liquidación de nuestro cultivo algodonero, como si sobre él se abatiera súbitamente una plaga bíblica. ¿Se va a liberalizar el carbón? Ello representaría — puesto que los Estados Unidos han impuesto a España, a diferencia de lo que sucede con todos los países de Europa, que la liberalización se extienda también al mercado yanqui —, que el carbón norteamericano arruinaria a la producción hullaera nacional y eso en un momento en que existen ya, como consecuencia de la crisis, en las bocaminas y en los depósitos de los puertos, cuatro millones de toneladas de carbón amontonado sin posible salida (un 23,50 % de la producción total de 1958) (« El Economista », 4 de julio de 1959).

Una prefiguración de lo que la liberalización de los intercambios va a representar, nos la da el siguiente dato : la Sección Económica del Sindicato del Olivo acaba de lanzar un grito de alarma ante la crisis de venta del aceite de oliva, desplazado del mercado por el aceite de soja, ¡ por el aceite de soja !, norteamericano que se vende a menor precio.

Y, eso, a pesar de que nuestro país es el primer productor de aceite de oliva del mundo y el mejor dotado para ello por la naturaleza y por la historia.

En la mayoría de los sectores a los que se extiende la liberalización, en unos casos directamente y en otros mediante la sustitución de unos productos por otros concurrentes : el carbón por los combustibles líquidos, por ejemplo, nos enfrentaremos, cualquiera que sea la protección aduanera que todavía subsista, a la eliminación progresiva de la producción nacional por la producción extranjera, sobre nuestro propio mercado.

Es claro que si esto ocurre con los productos primarios, la situación de todas las industrias de transformación afectadas por la liberalización, será todavía más catastrófica.

El ingreso en la O.E.C.E. implica también la globalización del resto de las mercancías cuyo comercio no sea liberalizado, es decir, la suma en un cupo global de todos los cupos que hoy figuran en

los acuerdos de clearing con los 17 países de Europa occidental. A este cupo global se da también acceso a los E.E. UU., a diferencia de lo que ocurre en la generalidad de los otros países.

A fin de cada mes, se procede a liquidar el saldo global y si este saldo arroja déficit, éste ha de ser pagado inmediatamente en oro o en dólares hasta la concurrencia de un 75 %, pudiendo obtenerse para el otro 25 % créditos a corto plazo y muy rígidos.

Nuestro saldo comercial con los 17 países de la O.E.C.E. es siempre deficitario. En 1958 este déficit se elevó a 206,2 millones de pesetas oro. Ahora, el 21 de julio, al formalizarse la entrada de España en la O.E.C.E., nuestros débitos hacia esos países ascendían a 45 millones de dólares, que han sido consolidados, provisionalmente, en forma de préstamos.

La O.E.C.E. para « ayudar a España a hacer frente a los sacrificios que la liberalización de su comercio llevará aparejados », abre un crédito de 75 millones de dólares, ampliable a 100 si en febrero de 1960 las cosas marchan de acuerdo con las exigencias del Plan de estabilización.

Dados los déficits que hasta ahora venían presentándose y el aumento de las importaciones que la liberalización traerá consigo, los 75 o los 100 millones de crédito de la O.E.C.E. sólo habrán de significar un respiro, que será más o menos corto, según el impetu que tomen las importaciones y la marcha de las exportaciones.

Y llegamos a uno de los problemas más importantes : ¿van a aumentar las exportaciones?

Hasta ahora, los países europeos que comercian con España tenían que comprar en nuestro país si querían vender, puesto que los acuerdos eran bilaterales, de clearing, de compensación. Ahora, el exportador que vende a España puede destinar las pesetas obtenidas a comprar no importa que mercancía en cualquiera otro de los 17 países e incluso — aunque este extremo aún no está totalmente claro en las informaciones que son conocidas a la hora en que escribimos —, en los Estados Unidos.

Dados nuestros costes de producción, nuestro desarrollo económico y técnico, nuestro estado tan atrasado en el sector de la representación y la organización comercial, este mecanismo está lleno de negros presagios para la marcha de nuestras exportaciones. Todo deja prever que éstas, pese a la devaluación, se verán muy reducidas, reducción que para muchos sectores puede ser catastrófica. En esas condiciones, el crédito abierto por la O.E.C.E. se volatilizará, a su vez, en un plazo muy breve.

Finalmente, las medidas tomadas representan un golpe muy rudo al incipiente comercio español con los países de Democracia Popular. Al liberarse de toda traba el comercio con los países capitalistas del Bloque occidental, las dificultades y los obstáculos que ya vienen presentándose al desarrollo del comercio con los países socialistas, se hacen intolerables. Su prosecución y mucho más, su necesaria ampliación, muy problemática.

Este es otro de los objetivos perseguidos por los Estados Unidos y otra de las concesiones que se hacen al imperialismo yanqui al aceptar el Plan de estabilización.

Sin embargo, el deseo expresado públicamente por los círculos industriales y comerciales españoles, era todo lo contrario. Así lo

dice, sin cortapisas, la Cámara de Comercio de Madrid, en su respuesta al Memorandum del gobierno :

« La primera reacción para salir del aislamiento consiste en buscar la expansión a nuestro comercio exterior allí donde se ofrezca y cualquiera que sea la esfera con la que debamos enlazar, como, por lo demás, hacen otros países.

No debe prescindirse de la perspectiva de una mayor intensificación de las relaciones comerciales con los países del Este de Europa, pese a las radicales diferencias de sistema y de modos de vida que median entre España y dichos países.

(Este sería) un medio para conseguir la integración europea en mejores condiciones ». (1).

Tales son, muy esquemáticamente presentadas, algunas de las consecuencias de la incorporación de nuestro país a la Organización Europea de Cooperación Económica.

* * *

Junto a estas medidas de carácter exterior, el Plan de estabilización comprende toda otra serie de ellas de tipo interior, cuyas consecuencias no serán menos graves y que forman un todo indisoluble con las primeras.

REDUCCION DE LOS GASTOS PUBLICOS Y DE LAS INVERSIONES

Todo el mundo está de acuerdo con la reducción de los gastos públicos. Lo que el país exige y nuestro Partido ha planteado en diversas ocasiones, es una reducción de los gastos militares, en primer lugar de lo que cuesta a España la construcción de las bases norteamericanas; de los gastos represivos e improductivos, precisamente para poder emplear los recursos así liberados en la realización de inversiones que son indispensables para el país, que impulsarían su desarrollo y que son, además, altamente productivas.

Si tomamos los presupuestos del Estado para 1959, vemos que los gastos estrictamente militares ascienden a 15.290 millones de pesetas (un 30,29 % de total), contra 307 millones al presupuesto de Agricultura (un 0,74 %).

Sólo para « cruces y condecoraciones », en el Ministerio del Ejército se consigna dos veces más que para el Subsidio Familiar de funcionarios, empleados y obreros del Estado.

Para la construcción de nuevos buques de guerra, 723 millones de pesetas, es decir, 118 millones más que para la construcción de escuelas (605 millones).

El presupuesto total de la Dirección General de Minas y Combustibles (71,4 millones) no cubriría los gastos de « dietas, locomoción y traslados » de la Dirección General de Seguridad (71,7 millones).

(1) « Comercio », órgano de la Cámara de Madrid. Marzo 1959.

Para « gastos ordinarios de la Jefatura del Estado » figura en los presupuestos una cantidad mayor que para el mismo concepto en la Enseñanza Primaria, en la Enseñanza Laboral y en la Enseñanza Universitaria juntas.

Para « construcciones e instalaciones nuevas y ampliación y reforma de las existentes » en la Dirección General de Agricultura se consigna menos que para « actos, recepciones y viajes del Jefe del Estado »

Para la Ganadería, la Pesca y la Caza — y en este caso incluyendo, no sólo los presupuestos del Estado, sino también los de los organismos autónomos —, sólo se destina un uno por mil del total de los gastos.

Con tal estructura del gasto público, no sólo el desarrollo sino la pervivencia del país se hacen imposibles. Una de las exigencias vitales, insoslayables para España es la total reorientación del empleo de los recursos del Estado.

Pero esta tarea no puede ser realizada mientras persista la dictadura. Por el contrario, el régimen se dispone a asestar duros hachazos en las escasas inversiones productivas que venían realizándose.

Así, ya han comenzado a reducirse y se reducirán mucho más en los meses próximos, las inversiones en obras públicas y en la construcción de viviendas. Los tan aireados Planes de Colonización de Badajoz y de Jaén, se encuentran prácticamente paralizados.

Esto significa que decenas de miles de obreros van a ser arrojados al paro, precisamente en el momento en que la crisis económica es más aguda y en que las otras repercusiones del Plan de estabilización van a multiplicar el desempleo en los demás sectores económicos.

De esta forma, la orientación con que la dictadura emprende la revisión del gasto público viene a echar leña al fuego de la catástrofe económica, mientras que una orientación sana y fecunda de la utilización de los recursos del Estado constituiría uno de los mejores estimulantes de la recuperación y del desarrollo económicos.

AUMENTO DE LOS IMPUESTOS

El gobierno se prepara a aumentar una vez más, y de forma muy considerable, la carga de los impuestos. La gravedad de esta decisión hay que medirla en función del hecho de que ya en los dos últimos años sólo los impuestos recaudados por el Estado han pasado de 37.179 millones de pesetas a 55.754; es decir, han aumentado en más de un 50 %.

En éste, como en todos los problemas, lo decisivo es la orientación que se imprime a las medidas, como consecuencia del carácter del régimen. No es tanto la cuestión del aumento en sí de los impuestos, como quién va a pagarlos. Y la respuesta la da la experiencia de los aumentos anteriores : pagará todo el pueblo a través del incremento de los impuestos de consumo y pagarán los campesinos, los industriales y comerciantes modestos, mientras que las empresas de la oligarquía se verán aún más desgravadas bajo el pretexto de « facilitar la autofinanciación y estimular las inversiones ».

El ulterior aumento de los impuestos sobre el consumo — que ya representan el 40,47 % del total de los ingresos del Estado —, será

un nuevo factor de encarecimiento de la vida y de agravación de la situación de las masas. En cuanto a la carga aplastante que ya soportan los campesinos, los industriales y comerciantes modestos, el « Informe sobre la evolución de la economía española en 1958 », publicado por el Banco de España, revela un hecho cuya gravedad no necesita comentario : En 1958 estos sectores económicos, para poder hacer frente al pago de los impuestos, han tenido que recurrir al crédito bancario.

Es decir, ya no han podido pagarlos con sus beneficios, tampoco con sus reservas de capital, han tenido que recurrir a entramparse aún más, dando así un nuevo paso, y cuán decisivo, por el camino que conduce a la liquidación y a la quiebra.

LA REDUCCION DE LOS CREDITOS

Otro de los extremos más cargados de graves consecuencias del Plan de estabilización, es la drástica reducción de los créditos.

La política de restricción del crédito la viene practicando el gobierno desde hace dos años. ¿ Y qué demuestra el estudio de los balances del Banco de España y de la Banca privada ? Demuestra que mientras no se han reducido, sino que se han incrementado enormemente, los créditos a los organismos públicos y a las empresas del I.N.I., el Crédito Agrícola y los créditos que venían otorgando a los campesinos el Instituto Nacional de Colonización y el Servicio Nacional del Trigo se han limitado en tal medida, que se hallan prácticamente paralizados. En cuanto al crédito privado, mientras la Banca ha continuado financiando las necesidades crediticias de las grandes empresas de la oligarquía, todo el peso de la restricción de los créditos se ha volcado sobre la pequeña y mediana industria, sobre el campo y el comercio.

Todo ello ha tenido ya un claro reflejo sobre la situación de estos sectores y, en los últimos meses, se han multiplicado las suspensiones de pagos y las quiebras.

Las perspectivas inmediatas son aún más sombrías. En la medida en que se agrava y se prolonga la restricción de créditos, la orientación discriminatoria con que la aplican el gobierno y la Banca se hacen más patentes.

Antonio Garrigués, prominente financiero y abogado, escribe en « ABC » del 10 de junio, en un artículo titulado « La inflación y sus efectos » :

« La mayor parte de nuestros Bancos comerciales son también Bancos de inversión y de negocio y lo probable es que tales Bancos hagan una política discriminatoria en favor de las industrias propias, poniendo en grave riesgo aquellas otras industrias más modestas, que son las que deben todo al esfuerzo, a la tenacidad y al sacrificio individual. »

Juan Antonio Suanzes, Presidente del Instituto Nacional de Industria, declaró el 17 de junio que al I.N.I. se le reservan 550 millones mensuales de los fondos de que disponen las « Cajas de Ahorro y Benéficas ». Esto es, prácticamente, la totalidad de los créditos que pueden otorgar dichas Cajas.

Mientras millares de industriales y comerciantes viven hoy con el espectro de la ruina planeando sobre sus negocios por la restric-

ción de los créditos, a « Manufacturas Metálicas Madrileñas » se le han otorgado créditos por 1.003 millones de pesetas, de ellos, 487 por la Banca oficial (Balance de la empresa al 31-12-1958). Pero, el Presidente de « Manufacturas Metálicas Madrileñas » es Nicolás Franco Bahamonde.

La restricción de los créditos en el marco de todas las demás consecuencias acarreadas por el Plan de estabilización, va a provocar una verdadera hecatombe entre los industriales y comerciantes modestos, entre las haciendas agrícolas de escasa resistencia. La ruina, la liquidación y la quiebra de estos negocios y empresas, arrojará a la calle a decenas de miles de obreros, sumando otro factor de paro a los muchos que el Plan de estabilización encierra.

Pero este es, precisamente, un objetivo buscado y perseguido por el Plan. Se trata, como dicen cínicamente los economistas de la oligarquía, de « barrer las empresas marginales », de liquidar las industrias « que no son económicamente viables ». Se trata también, de crear una gran masa de parados, que sirva de elemento de presión sobre la clase obrera « para aumentar la productividad y mejorar la calificación de la mano de obra ».

EL BLOQUEO DE LOS SALARIOS Y SUELDOS

Piedra angular de todo el Plan, es el mantenimiento férreo del bloqueo de los salarios y sueldos.

Lo que esto va a representar para todas las masas trabajadoras — en el más amplio sentido del término —, puede deducirse fácilmente si recordamos que el último ajuste de los salarios data de octubre de 1956 para los obreros y de junio del mismo año, para los funcionarios públicos. Desde entonces el coste de la vida se ha elevado en más de un 40 %.

Ahora la dictadura pretende que las masas trabajadoras soporten el nuevo incremento de los precios, que es inevitable, y todas las demás consecuencias que la catástrofe económica implica para ellas.

Por lo que se refiere al nivel del empleo y a la remuneración obtenida por los trabajadores, los efectos del Plan de estabilización vienen a sumarse a los de la crisis cíclica de superproducción por la que atraviesa el país.

Esta crisis, que se enseñorea de las industrias de consumo y que avanza en el sector de las industrias de bienes de producción, ha conducido, en buen número de empresas, a la desaparición de las horas extraordinarias, a la reducción de las primas y destajos e, incluso, de los días trabajados, como ocurre en la industria textil.

Todos estos complementos del salario base, en las condiciones a que el franquismo ha reducido a nuestra clase obrera, constituyen — de hecho —, elementos integrantes, indispensables, del salario necesario para subsistir. Su desaparición crea, literalmente, una situación insostenible para los trabajadores.

Si ésta es ya la realidad de hoy, cabe imaginar cuál va a ser la de los meses próximos, cuando, a todos los factores de miseria que ya soportan las masas, vengán a sumarse los despidos en masa. Los propios economistas oficiales prevén que el número de parados en la industria puede llegar a rondar el millón.

* * *

Hay otras medidas en el Plan de estabilización que arrojan vivísima luz sobre todo el conjunto, que ayudan a demostrar los objetivos que persigue el imperialismo norteamericano y el papel que desempeña la dictadura de Franco, como instrumento fascista del poder de la oligarquía financiera.

- Se levantan las restricciones que hasta ahora limitaban la inversión de capitales extranjeros en España, no sólo en nuevas industrias, sino también en las existentes. Se autoriza la libre transferencia fuera del país de los beneficios que estas inversiones produzcan.
- Se concede amnistía completa a todos los comprometidos en el delito de la huida de capitales. Y no sólo amnistía. Se recompensa a los desfalcadores de la riqueza nacional. Las divisas que sean repatriadas en el plazo de seis meses les serán abonadas al nuevo cambio de 60 pesetas por un dólar.

La dictadura, que perpetúa el espíritu de guerra civil; que niega la amnistía de los presos políticos y el regreso de los exiliados, como lo han pedido las más ilustres personalidades de España; que sigue torturando y enviando ante los tribunales militares a los obreros que luchan por sus salarios y a todos los que alertan al país contra los riesgos catastróficos que corre España si esta situación se prolonga, esa misma dictadura concede la amnistía a los beneficiarios del régimen, que tras haber conducido la economía nacional a la bancarrota, pusieron parte de sus rapiñas en seguridad en los bancos extranjeros.

Todo esto demuestra cómo hoy en día, la oligarquía monopolista, los reducidos círculos del capital financiero, han perdido hasta el último resto del sentido nacional y colocan siempre sus intereses egoístas y estrechos por encima de los intereses generales del país.

La perspectiva que la oligarquía monopolista ofrece hoy a España la refleja con bastante claridad el economista Jesús Prados Arrarte, Director del Servicio de Estudios Económicos del Banco Central :

« El crecimiento de las industrias españolas ha llegado a un límite en el cual tropiezan con la insuficiencia del mercado nacional. Si no es posible exportar nuestros productos industriales, el progreso anterior de nuestras industrias se verá seriamente amenazado en el futuro por la limitación de la productividad que les imponen los restringidos mercados de nuestro país. Ahora bien : la consecución de exportaciones industriales no será posible si España no tiene fácil acceso a los mercados de la Europa Occidental. Mediante capitales y técnica norteamericanos y europeos, las industrias españolas ya desarrolladas podrían producir no sólo para nuestro mercado interno, sino también para los otros países de la Organización Europea de Cooperación Económica, especializándose en aquellas producciones en las cuales tenemos ventaja comparativa y explotando al máximo la preferencia que nos otorga el nivel reducido de nuestros salarios. » (1).

(1) « Dictamen sobre convertibilidad e integración europea », publicado en la revista « Comercio », marzo de 1959.

Es decir, reconociendo la estrechez de nuestro mercado interior; renunciando a su ampliación, porque esto exigiría, ante todo, la reforma agraria y la elevación del nivel de vida de todo el pueblo, mediante la limitación de los privilegios del capital monopolista, la única salida que ofrece es que los capitales norteamericanos y europeos tomen en sus manos las industrias españolas ya desarrolladas, se adueñen de nuestro mercado interno, eliminando naturalmente a toda la industria no monopolista y consigan exportar; « explotando al máximo la preferencia que nos otorga el nivel reducido de nuestros salarios », esto es, perpetuando y agravando nuestro atraso económico y la miseria de las masas.

Pero es claro que, ni nuestra clase obrera, ni los campesinos, ni la burguesía no monopolista están dispuestos a aceptar esta perspectiva.

Por el contrario, la oligarquía financiera de nuestro país se ve obligada a forzar la marcha para imponer tal programa, precisamente cuando su poder político, la dictadura franquista se encuentra en plena descomposición, cuando se ha desgastado y desacreditado hasta el extremo límite en el curso de los últimos veinte años, y cuando los frutos amargos de su política económica son hoy ya perfectamente claros y tangibles para todo el pueblo.

Forzar la marcha en la dirección de imponer tal programa es, precisamente, lo que representa el Plan de estabilización. Pero para consumar esta traición nacional, la oligarquía monopolista ha llegado históricamente tarde. En su camino se alza ya la fuerza capaz de impedirlo. Esa fuerza es la unidad del pueblo. La unidad de los obreros, de los campesinos, de la burguesía no monopolista, de todas las clases y capas sociales profundamente lesionadas en sus intereses por esa política, y que ya no están dispuestas a dejar que prosiga hacia adelante.

En el nacimiento de esa fuerza, en su consolidación, nuestro Partido ha desempeñado un papel determinante. Nuestro Partido ha previsto la catástrofe económica que se avecinaba; ha definido exactamente la contradicción que hoy en día, en nuestro país, se encuentra en primer plano: la contradicción entre el conjunto del pueblo y la oligarquía financiera y su forma fascista de Poder del Estado; ha llamado y laborado por la unidad de todas las clases y capas lesionadas por la dictadura, mediante su política de Reconciliación Nacional y, finalmente, ha llevado al pueblo a la acción en la Jornada del 5 de mayo de 1958 y en la huelga nacional pacífica del 18 de junio de 1959.

Ahora entramos en la etapa decisiva de la prueba de fuerza. El Plan de estabilización ha sido ya aprobado y un cataclismo económico sin precedentes se abate sobre España.

Nuestro Partido, junto con otras fuerzas políticas, al llamar al pueblo a la huelga nacional del 18 de junio, ha mostrado el único camino para asegurar una salida pacífica y democrática a la situación.

La jornada del 18 de junio ha representado un paso de gigante para presentar ante el pueblo y hacer comprender por las grandes masas la justeza y la posibilidad de esa salida.

En los meses próximos, mientras se agudizan y se exacerban al extremo todos los problemas, el pueblo va a asimilar esa experiencia. La autoridad y el prestigio de las fuerzas que llamaron a la acción, precisamente cuando aún se estaba a tiempo de evitar la

catástrofe, van a crecer inconmensurablemente, mientras que el juicio del pueblo contra las fuerzas que la obstaculizaron, contra los que trataron de engañarle con falsos argumentos, será inexorable.

El resultado de este proceso de asimilación, al que ayudarán las condiciones objetivas, al que impulsarán las múltiples luchas parciales que van a producirse, puede ya descontarse de antemano : lo que no se logró plenamente el 18 de junio hay que repetirlo. Y hay que repetirlo, asegurando su éxito, ante todo mediante la consolidación y la extensión de la unidad del pueblo que ya se ha puesto en marcha.

Con claridad en las perspectivas, con confianza ilimitada en la clase obrera, conscientes del enorme potencial democrático que existe en el país, los comunistas debemos dedicar todas nuestras energías a preparar y a organizar las grandes acciones que ya se perfilan en el horizonte.

Entramos en un periodo crucial de nuestra historia. La prueba de fuerza será ganada por nuestro pueblo.

MINISTERIO
DE CULTURA



EL ADMIRABLE EJEMPLO DE LOS TRABAJADORES DEL CAMPO

Por Ignacio GALLEGO

Por primera vez desde hace veinte años la casi totalidad de los partidos y organizaciones de la oposición han coincidido en llamar a una gran acción contra la dictadura. Nada prueba mejor la justicia de la huelga nacional pacífica que la amplia unidad lograda en torno a esta idea.

Hasta los más encarnizados enemigos de la huelga nacional tienen que reconocer que bajo la dictadura franquista jamás se había conocido una campaña política tan amplia como la que ha tenido lugar en esta ocasión.

Los franquistas gritan desafortadamente que toda esta campaña es obra del Partido Comunista mientras encarcela a militantes comunistas, socialistas, católicos y hombres sin partido por el mismo delito : la huelga nacional pacífica.

Por otro lado, los dirigentes socialistas de Toulouse, cegados por el anticomunismo, atribuyen igualmente al Partido Comunista la gran movilización, todo ello partiendo del supuesto fracaso de la huelga nacional pacífica del 18 de junio.

Unos y otros, sin proponérselo, destacan la capacidad del Partido Comunista para movilizar a millones de españoles contra la dictadura.

Pero ninguna patraña puede quitar a esta gran campaña en favor de la huelga nacional pacífica su verdadero carácter : el de una manifestación de unidad antifranquista.

La ruidosa propaganda de los franquistas presentando la huelga nacional como un fracaso no puede ocultar el miedo que han pasado durante las semanas de intensa agitación que ha vivido el país. Aun después del 18 de junio, pese a no haber tenido la huelga nacional pacífica la amplitud que era de esperar en los centros industriales, los discursos de Franco y sus consortes reflejan el temor a que la unidad lograda por las fuerzas antifranquistas se consolide,

el temor a la huelga nacional, de la cual el 18 de junio ha sido sólo un ensayo, una primera tentativa.

Pero un ensayo en el que las fuerzas democráticas han obtenido resultados muy importantes, entre los cuales destaca la participación de los obreros agrícolas y campesinos en la huelga nacional pacífica. Esta participación ha sido particularmente amplia en Andalucía y Extremadura, regiones en las cuales el proletariado agrícola constituye, tanto por su conciencia como por su combatividad, uno de los destacamentos más decisivos en la lucha por la democracia.

La preparación de la huelga nacional pacífica ha creado un ambiente nuevo de entusiasmo, de confianza y de solidaridad antifranquista en el campo.

Las grandes masas agrarias han hecho suya la idea de la huelga nacional, comprendiendo que éste es el mejor camino para lograr un cambio democrático y pacífico.

No puede sorprender sin embargo, que aun simpatizando de todo corazón con esta idea, en el momento de realizarla haya existido indecisión. Muchas gentes dudan aún de sus propias fuerzas dejándose impresionar y confundir por las amenazas y por la propaganda de la dictadura.

Ello resalta aún más el admirable ejemplo que han dado a todo el país los obreros agrícolas y numerosos campesinos de Andalucía y Extremadura. Este ejemplo demuestra que la clase obrera y demás fuerzas democráticas de la ciudad cuentan en la lucha contra la dictadura con el apoyo decidido de las masas del campo.

En muchos pueblos de la provincia de Sevilla los obreros agrícolas han participado en masa en la huelga nacional pacífica. En Alcalá de Guadaíra, Carmona, Brenes, Villaverde, Alcalá del Río, La Rinconada, Cantillana, Esquivel, Viar, Dos Hermanas, Carbonar, Mina, Los Rosales, Tocina, Isla Mayor, etc., el porcentaje de obreros participantes en la huelga ha oscilado entre el 40 y el 80 %. En otros pueblos como el Pedroso, Puebla de Cazalla, Arahál, Mairena, El Viso y Los Palacios también ha sido elevado el número de huelguistas.

No ha sido inferior el éxito de la huelga nacional pacífica en la provincia de Córdoba. En Puente Genil, Cabra, Alcolea, Villafranca, El Carpio, Pedro Abad, Bujalance y Montoro la mayoría de los obreros agrícolas han participado en la huelga. En otros pueblos como Palma del Río, Posadas, Villa del Río, Peñaflor, Hornachuelos, La Carlota, Montemayor, Lucena y Vadolatosa también han participado miles de obreros en la huelga.

En la provincia de Jaén, pese al aparatoso despliegue de fuerzas de orden público y a las amenazas del gobernador, la huelga nacional ha tenido una gran amplitud. En la capital muchos obreros agrícolas no fueron al trabajo. Miles de obreros agrícolas y campesinos de Baeza, Ibro, Mancha Real, Jódar, Jimena, Donadio, Begíjar y Cabra de Montecristo participaron en la huelga. En Andújar y Marmolejo parte de los trabajadores no acudieron a la plaza el 18 de junio. Muchos de los que bajo las amenazas han salido al campo apenas han trabajado.

Las informaciones que tenemos de Extremadura muestran que también en esta región ha sido muy importante la participación en la huelga nacional. En Don Benito, Villanueva de la Serena, y otros pueblos extremeños los trabajadores hablan con entusiasmo del

18 de junio, fecha en que como ellos dicen : « han realizado su primera gran acción desde que Franco está en el poder ».

Con ser muy numerosos los trabajadores que han participado en la huelga nacional, la importancia de su acción no se puede medir sólo por el número, que, según informaciones incompletas, se eleva a 200.000 en Andalucía y Extremadura. En realidad, su participación en la huelga nacional ha expresado lo que sentían en ese momento millones de obreros agrícolas y campesinos, aunque por diversas razones no se hayan decidido a dar este paso.

No se puede perder de vista que la idea de la huelga nacional pacífica contra la dictadura era una novedad no sólo para la juventud, sino para los veteranos.

No es que no haya habido grandes huelgas en el campo en otras épocas. En el pasado, muchas veces el hambre de pan y de tierra de los obreros agrícolas, inseparable de sus anhelos de libertad, dió origen a grandes huelgas que conmovieron al país. Mas aquellas huelgas, por amplias y heroicas que fueran y aun conteniendo como toda lucha social aspectos políticos, eran esencialmente huelgas económicas. La huelga nacional pacífica del 18 de junio ha sido una acción política dirigida contra la dictadura.

En esta huelga los obreros agrícolas de Andalucía y Extremadura han demostrado su elevada conciencia de clase, su decisión de no seguir soportando las espantosas condiciones de explotación y de miseria en que viven!

Y esta decisión la hemos visto particularmente en la juventud.

Con su participación en la huelga nacional pacífica el proletariado agrícola ha demostrado estar en condiciones de ser la fuerza dirigente de los pueblos y aldeas, la vanguardia de todos los que en el campo aspiran a un régimen democrático. Por su propia situación social, los obreros agrícolas son los más dotados de espíritu de organización, los más decididos en la lucha por la democracia. En sus filas hay miles de revolucionarios conscientes, capaces de organizar y dirigir la lucha de las masas del campo contra la dictadura.

La participación de los trabajadores en la huelga en los pueblos citados no se debe a la espontaneidad. Ha sido, sin duda, el resultado no sólo de la agitación, de las hojas volantes y de la valiosísima labor de Radio España Independiente, sino del trabajo de unidad y de organización realizado por miles de comunistas y otros obreros de vanguardia.

Es pronto para tener un cuadro completo de como se han puesto de acuerdo los trabajadores en cada lugar para ir a la huelga, cosa particularmente interesante y necesaria. De todas formas no es difícil comprender que la decisión de decenas de miles de obreros agrícolas de quedarse en casa el 18 de junio ha tenido que ser el resultado de una amplia discusión y de acuerdos concretos establecidos con anterioridad a esta fecha.

Y esta es una de las experiencias más importantes que nos ofrecen los obreros agrícolas de Andalucía y de Extremadura : la experiencia de que una huelga política, la huelga nacional, organizada con semanas de antelación, se realiza no yendo a los lugares de trabajo « a ver que pasa », sino quedándose en casa. Si los obreros agrícolas hubieran acudido a los lugares de trabajo para decidirse allí, en el último momento, la huelga no hubiera tenido la amplitud que ha tenido.

Ni que decir tiene que esa voluntad de las masas de no acudir a los lugares de trabajo ni a la plaza, de quedarse en casa el día de la huelga exige confianza en el éxito y una decisión firme de cumplir cada cual con su deber, sin esperar a que sean otros los que den el primer paso.

Quienes duden de que esta voluntad y esta decisión sean posibles de conseguir bajo la dictadura, no tienen nada más que mirar el ejemplo de miles y miles de obreros agrícolas de Andalucía y Extremadura.

Cierto que incluso en estas regiones la huelga no ha tenido la misma amplitud en todos los lugares. Una parte de los obreros agrícolas y numerosos campesinos, pese a haber estado de todo corazón de acuerdo con la huelga, el 18 de junio han ido a trabajar. Lo cual muestra que pese al ambiente de entusiasmo existente no llegaron a crearse algunas condiciones necesarias para el éxito completo de la huelga nacional.

Con la experiencia adquirida, tales condiciones pueden crearse en poco tiempo.

En primer lugar, es necesario conseguir que la unidad lograda por arriba, para convocar a la huelga, se haga también por abajo, en cada cortijo o empresa, en cada pueblo o aldea.

Y un lugar en el que los trabajadores pueden discutir y ponerse de acuerdo tanto para la defensa de sus reivindicaciones inmediatas como para las acciones contra la dictadura son las plazas de los pueblos, a las que acuden a diario en busca de trabajo. En las presentes condiciones, un paso importante en la unidad y la organización de los obreros agrícolas puede ser la creación de comisiones de plaza con hombres capaces de defender los intereses de los trabajadores ante las hermandades, ayuntamientos y otros organismos.

Esas comisiones son necesarias para impulsar la lucha por mejores salarios, para hacer frente a las injusticias que se cometen en la contratación de los obreros como es no dar trabajo a los hombres de más edad, para exigir medidas que alivien la situación de los parados, y en primer lugar un verdadero seguro de paro.

Para obtener éxitos en sus luchas los obreros agrícolas necesitan actuar unidos, sin dejarse enfrentar unos con otros ni por el salario ni por las maniobras de los terratenientes. En su unidad, en su espíritu de solidaridad y de compañerismo está su fuerza. Por algo se esfuerzan tanto los terratenientes en dividirles. Lo mismo si se trata de reivindicaciones parciales que si se trata de acciones de carácter político los obreros agrícolas deben luchar siempre hombro con hombro con sus hermanos de clase, y no prestarse al sucio papel de rompehuelgas, de esquirols. ¡ Eso, jamás !

Ahora bien, en el campo se necesita además, una unidad más amplia, la unidad de todos los que quieren acabar con la dictadura.

¿ Es posible esa unidad ? ¿ Es posible que fuerzas tan diferentes en el terreno social, como los obreros agrícolas y los campesinos ricos coincidan en la lucha por un régimen democrático ?

La huelga nacional pacífica ha demostrado que esta unidad no sólo es posible, sino que en la práctica se está realizando.

Y uno de los terrenos en los que es necesario ir forjando esta unidad son las hermandades, organismos muy desacreditados, es verdad, pero dentro de los cuales existen posibilidades de lucha que los obreros agrícolas y los campesinos deben utilizar contra la

media docena de grandes terratenientes que las manejan en su beneficio.

¿Acaso no están interesados los obreros agrícolas y los campesinos en luchar unidos para llevar a las direcciones de las hermandades a hombres honrados que defiendan sus intereses?

No basta con repetir que la forma en que se elige la Junta de la Hermandad y la Junta Social es una vergüenza, que el gobierno y los altos jerarcas no tienen en cuenta ni las opiniones ni los intereses de los obreros agrícolas y de los campesinos. Es necesario exigir que estos organismos sean elegidos democráticamente, que se celebren asambleas en las que los obreros agrícolas y los campesinos puedan intervenir. Es necesario luchar para cambiar las características de las Hermandades, para transformarlas en organismos de defensa del campo.

Sin desconocer las contradicciones de clase existentes entre asalariados y patronos, sean éstos industriales o agrícolas, es evidente que en las presentes condiciones los intereses fundamentales de los obreros agrícolas y de los campesinos son coincidentes, ya que en fin de cuentas las causas de los salarios de hambre de los unos y de las dificultades y de la ruina de los otros está en la dictadura, expoliadora del campo en beneficio de la oligarquía monopolista.

La política agraria de amplia unidad propugnada por nuestro Partido se basa en esta coincidencia de intereses, en el hecho de que a excepción de una minoría de potentados, las diversas capas del campo necesitan salir de esta situación. En la preparación de la huelga nacional pacífica se ha visto prácticamente esta coincidencia de todas las capas agrícolas lesionadas por la política económica de la dictadura. El acuerdo de los campesinos con la huelga nacional ha sido evidente.

¿Cómo explicarse de otra manera las presiones ejercidas sobre ellos por las autoridades?

Si los campesinos no hubieran manifestado su disposición a apoyar la huelga nacional, si su actitud hubiera sido de hostilidad o de simple indiferencia hacia esta acción las presiones y amenazas no hubieran sido necesarias.

Y pese a esas presiones, a excepción de una parte de los terratenientes, los propietarios no han exigido que los obreros acudiesen al trabajo el 18 de junio. En unos casos han procurado poner a cubierto a los huelguistas frente a las autoridades, en otros, han « despedido » a los obreros el día 17 llamándoles de nuevo el 19, y en general, han dificultado las medidas represivas dictadas por el gobierno.

Por consiguiente, la huelga nacional pacífica ha puesto de manifiesto los progresos hechos por la unidad entre las diversas clases y capas agrarias interesadas en la desaparición de la dictadura.

Ahora corresponde a las fuerzas democráticas, y en primer lugar a los comunistas, consolidar esta unidad. Ciertamente que en el campo los partidos de oposición no están prácticamente organizados. Las propias organizaciones de nuestro Partido necesitan extenderse mucho más. Sin embargo, en cada pueblo existen personas y grupos representativos de las diferentes capas sociales y corrientes políticas. El entendimiento entre estas personas y grupos contribuirá a dar una dirección unitaria a la oposición campesina.

Esta oposición es cada vez más amplia y activa. La política económica de la dictadura hace cada día más insostenible la situa-

ción no sólo de los campesinos pobres y medios, sino de la burguesía agraria en su conjunto, sin hablar ya de las espantosas condiciones en que vive el proletariado agrícola. El aumento de los impuestos, la escasez y la carestía de los abonos, de la maquinaria y de los medios de transporte, las reducciones de crédito, la falta de mercados exteriores y la estrechez del mercado interior debido al bajísimo poder adquisitivo de los salarios, y junto con todo ello, el mantenimiento de precios no remuneradores para los productos del campo colocan a los campesinos ante el dilema : o resignarse a ir siendo arruinados por la oligarquía monopolista o luchar junto a la clase obrera y todas las fuerzas democráticas por la desaparición de la dictadura.

La acogida que ha tenido entre ellos la idea de la huelga nacional pacífica indica que no están dispuestos a seguir soportando las consecuencias ruinosas de la política económica del franquismo. Muchos campesinos se dan cuenta de que bajo la dictadura sus problemas no tienen solución, que sólo un régimen democrático puede abrir perspectivas de bienestar y desarrollo para la agricultura. La cuestión para ellos como para millones de españoles es qué hacer, cómo salir de esta situación, cuestión que ha empezado a estar más clara con la experiencia de la huelga nacional. En su propio interés está el participar más decididamente en las grandes acciones que se avecinan, unir sus fuerzas a las de todo el pueblo en la lucha por la democracia.

La experiencia de la huelga nacional pacífica, con sus éxitos y con sus insuficiencias, pone de relieve la necesidad de reforzar las filas de nuestro Partido con los hombres más conscientes y combativos del campo. Esta necesidad no la sentimos sólo los comunistas. La sienten igual que nosotros miles de obreros agrícolas y de campesinos trabajadores que ven en el Partido Comunista el dirigente probado, el organizador más consecuente de la lucha contra la dictadura.

El franquismo ha perseguido y persigue con particular saña a los comunistas. Mil veces se jactó de haber terminado para siempre con nuestro Partido y otras tantas tuvo que reconocer su fracaso.

La simpatía hacia el Partido Comunista es ahora mayor que nunca, no sólo entre los obreros agrícolas, que tienen una experiencia revolucionaria y recuerdan todo lo que el Partido Comunista hizo en su defensa, sino entre esta magnífica juventud de hoy, que en la dura escuela del hambre, de la explotación despiadada y de la falta absoluta de libertad ha comprendido que su puesto está en las filas del comunismo. Muchos de los jóvenes obreros agrícolas que se han distinguido en la organización de la huelga nacional, que el día 18 de junio han formado grupos para asegurar el éxito, se sienten comunistas de todo corazón.

¿Qué más hace falta para que la organización del Partido se extienda por pueblos y aldeas?

Hace falta, en primer término, acabar con la idea de que para pertenecer al Partido Comunista hay que ser un superhombre, una persona dotada de cualidades y conocimientos extraordinarios. Esa idea en apariencia muy elogiosa nos hace mucho daño porque levanta una barrera entre el Partido y numerosos trabajadores, que, aun deseando servir al Partido con todas sus fuerzas, no se creen en condiciones de pertenecer a él. No hay que ser un superhombre, ni es obligado saber lo que pasó hace veinte o treinta años, ni haber

pasado por las cárceles o campos de concentración para ser un buen militante del Partido Comunista.

La labor que hay que realizar en las filas del Partido está al alcance de todos los trabajadores conscientes, dispuestos a defender los intereses de su clase. Esa labor la realizan miles de obreros agrícolas cuando organizan y dirigen las acciones reivindicativas; la han realizado miles de organizadores de la huelga nacional. Pero estos trabajadores de vanguardia desarrollarán su actividad mucho mejor, de manera más eficaz, si actúan con una misma orientación, con la unidad de pensamiento y de acción que sólo puede darles la organización del Partido.

El desarrollo de la organización del Partido en el campo exige terminar con la idea de que la iniciativa de su organización ha de partir obligatoriamente de los viejos militantes. Se comprende el respeto y la consideración que sienten los jóvenes hacia los viejos comunistas; pero esto no debe llevarles en ningún caso a esperar. La organización del Partido no puede ser tarea exclusiva de los veteranos. Esta tarea deben tomarla también en sus manos los jóvenes que comprenden la necesidad del Partido para organizar y dirigir la lucha de las masas.

¿ En qué pueblo no hay comunistas dispuestos a organizarse ?
¿ En qué pueblo no hay jóvenes deseosos de pertenecer al Partido Comunista ?

En todas partes los hay. Sólo hace falta que haya quienes tomen la iniciativa de crear la organización del Partido. No importa que al comienzo sea poco numerosa. Lo que importa es que oriente bien su labor, que esté ligada a los trabajadores, que impulse la lucha diaria de éstos, sin esperar a que lleguen las grandes acciones de carácter nacional.

En cuanto terminen las faenas de la recolección los obreros agrícolas se encontrarán, muchos ya lo están, ante el pavoroso problema del paro forzoso, sin el menor seguro de paro que les permita llevar lo más imprescindible a sus hogares.

¿ Se van a resignar a permanecer largos meses en la miseria ?
¿ Van a exigir que se les dé trabajo o un seguro de paro ?

Esto dependerá mucho de la actividad de los comunistas y de otros trabajadores conscientes.

También cabe preguntarse en relación con los campesinos cuál será su reacción frente al anunciado aumento de los impuestos y demás consecuencias del llamado plan de « austeridad » que viene a agravar todos los problemas que tienen planteados.

Se puede dar por descontada una intensificación de la lucha tanto por parte de los obreros agrícolas como por parte de los campesinos. Esto es evidente. Pero no lo es menos que el alcance de esta lucha va a depender en mucho de la claridad de objetivos, de la unidad y organización que les imprima la actividad de las fuerzas de oposición.

Y el desarrollo de nuestro Partido, la extensión de su organización debemos verlos en relación con esta perspectiva, con la necesidad de impulsar, organizar y dirigir la lucha de los obreros agrícolas y de los campesinos, con la necesidad de corresponder cada día mejor a las esperanzas y a la confianza que las masas del campo tienen puestas en el Partido Comunista.

MINISTERIO
DE CULTURA



UNA GRAN TAREA ESPAÑOLA : CONSEGUIR LA AMNISTIA PARA LOS PRESOS Y EXILIADOS POLITICOS

Por Antonio MIJE

LA extraordinaria campaña de agitación y de propaganda llevada a cabo en todo el país en la preparación de la huelga nacional pacífica del 18 de junio, ha permitido popularizar, como no se había hecho nunca, la demanda de amnistía para los presos y exiliados políticos. Ha sido uno de los objetivos de la huelga.

Ya con anterioridad, desde hacía meses, se venía realizando una movilización en todo el país mediante la cual muchos españoles, que estaban engañados por la propaganda de la dictadura, se han enterado de que hay más de un millar de presos políticos en Burgos, El Dueso, San Miguel de los Reyes, Alcalá de Henares y en otras cárceles, muchos de los cuales llevan 10, 15 y 20 años de prisión. Se han podido enterar de que a los veinte años del fin de la guerra civil, siguen funcionando tribunales militares para condenar, por delitos de opinión, a penas severísimas; de que los agentes de la brigada político-social continúan torturando a los antifranquistas para arrancarles confesiones con las que amañan después monstruosos procesos; de que se califica de delito de « rebelión militar » o de « atentado contra la seguridad del Estado », la simple participación en una huelga pacífica o el reparto de hojas clandestinas.

La dictadura ha venido ocultando celosamente la existencia de presos políticos y las arbitrariedades jurídicas que ha come-

tido, con el fin de dar la sensación de normalidad política en el país, de haber logrado la paz interior. Pero la propia realidad, la acción de las masas y el auge de la oposición antifranquista han roto el muro del silencio.

Al no poder mantener por más tiempo el silencio, porque las denuncias concretas se lo impiden, Franco ha propalado, no sólo en el país, sino en el extranjero, la versión grotesca de que en España sólo hay « presos especiales ».

En la terminología penitenciaria no se conocen más que dos definiciones para calificar a los presos : presos comunes y presos políticos. Y esa denominación puesta en circulación por Franco y sus turiferarios, de « presos especiales », no es más que un torpe eufemismo para negar la realidad.

Seguramente el dictador ha pensado que procediendo así les quita el motivo a los que en España y en el extranjero están luchando por la amnistía. No tardará en convergerse de su error. Mientras haya presos políticos, mientras decenas de miles de exiliados no puedan volver al solar patrio con garantías, continuará la lucha por la amnistía.

LA AMNISTIA ES UN PROBLEMA NACIONAL

La amnistía es actualmente un problema nacional, que exige solución, por afectar a decenas de miles de españoles, unos que se encuentran presos por causas políticas, y otros que están en libertad vigilada o en el exilio.

Es así como lo entienden muchísimos españoles, es así como lo enjuician las más distinguidas figuras de la intelectualidad en el documento que han dirigido al ministro de Justicia pidiendo la amnistía : « Los españoles tenemos planteado aún el problema de nuestra convivencia. Todavía no están firmemente establecidas las bases que permitan la participación de todos en la vida española... »

En la esencia de este planteamiento está la rotunda condenación del espíritu de guerra civil que Franco y sus camarillas se esfuerzan por mantener y que constantemente vienen atizando en declaraciones y discursos.

La petición de amnistía ha tenido eco en hombres como don Joaquín Calvo Sotelo, en el Teniente General Kindelán, en eclesiásticos como el Padre Eloy y Montero, en figuras prestigiosas de las letras españolas como don Ramón Menéndez Pidal, en hombres de ciencia como don Gregorio Marañón, en intelectuales destacados como don Pedro Laín Entralgo, en pintores como Daniel Vázquez Díaz y en centenares de escritores, dramaturgos, poetas, catedráticos, abogados, pintores, etc., etc. De

hecho, al pedir la amnistía, en los términos que consta en el escrito dirigido al ministro de la Justicia, sus firmantes se han manifestado por que se abra ancho cauce a la reconciliación nacional de los españoles.

Al elevar su voz colectivamente, pidiendo la amnistía, los intelectuales y universitarios han tenido una actitud que les honra. Se han hecho intérpretes de los anhelos de los familiares de los presos que se desvelan por la libertad de los suyos, han recogido el profundo eco que sale de las fábricas y del campo, de las universidades y de las barriadas, del sentimiento que se generaliza en todo el pueblo por la libertad de los presos y el retorno de los exiliados. Sentimiento representado por esas mujeres que, con tanta abnegación como tenacidad, vienen recogiendo miles de firmas, visitando al ministerio de Justicia, acudiendo a ver a ilustres personalidades, a entidades oficiales, a las redacciones de los periódicos, a los corresponsales internacionales de prensa, para interesarles en la petición de amnistía.

La campaña ha tenido y tiene sus manifestaciones en la recogida de firmas en las fábricas de Barcelona, en las minas de Asturias, en pueblos agrícolas de la provincia de Sevilla, y en otros muchos lugares del país; las ha tenido y continúa teniéndolas en las numerosísimas gestiones que se vienen realizando cerca de las jerarquías eclesiásticas, de las autoridades, de los Colegios de Abogados, de los Ayuntamientos y entidades culturales.

Desde el Ministerio de Información se ha pretendido acallar la voz de los que piden la amnistía, apelando a la mentira. Hace ya meses que en la prensa española se publican artículos y comentarios polemizando con la movilización que se realiza en favor de la amnistía. Es interesante mencionar que esos artículos y comentarios de inserción obligatoria, enviados por los servicios de Arias Salgado, distan mucho de la realidad e incluso de lo que se piensa en las redacciones de los periódicos.

Los presos políticos han invitado a la prensa española a enviar algunos redactores a la Prisión Central de Burgos para que confirmen con sus propios ojos la existencia de presos políticos. Respondiendo a esa invitación algunos periódicos han dejado malparada la propaganda de la dictadura. El director de « ABC » por ejemplo, decía en su respuesta : « Sabemos que hay presos políticos, pero vivimos una situación de confusión y engaño... ». Y el director de « El Norte de Castilla » : Ya sé que hay muchos presos políticos en las cárceles españolas y otros problemas, pero tengo que publicar en el periódico que dirijo lo que me manda la superioridad ».

Estas, entre otras muchas que podríamos aportar, son pruebas que evidencian hasta dónde llega la maldad y la estulticia de Franco y su ministro de Información, tan interesados en desmentir lo que es una realidad sangrante de España : el problema de los presos políticos y de los exiliados.

Problema éste de envergadura nacional, que sólo podrá resolverse no negándolo como hace la dictadura, sino concediendo la amnistía como la piden los españoles, secundados por millones de ciudadanos de todos los países del mundo.

LA SOLIDARIDAD INTERNACIONAL

La petición de amnistía iniciada por los españoles ha encontrado valiosos apoyos en muchos países de Europa y América. Una amplia campaña se ha realizado en la que han participado fuerzas políticas, entidades culturales, parlamentos, personalidades de diversas tendencias, etc.

Las peticiones que se han enviado al gobierno de Franco, directamente en muchos casos y a través de las Embajadas y Consulados de España, en otros, desde Argentina, Uruguay, Brasil, Chile, Venezuela, Méjico, Cuba, Colombia y otros países del Continente americano, han sido numerosísimas y de gran valía.

Son peticiones de centrales sindicales de varios de estos países, de los sindicatos, de entidades culturales, de organizaciones juveniles y estudiantiles, de organizaciones femeninas, de partidos políticos democráticos, de profesores de universidad, de entidades españolas allí radicadas, de decenas de miles de españoles que han llenado pliegos de firmas pidiendo la amnistía.

En los parlamentos de Venezuela, de Argentina, de Uruguay, del Estado de San Pablo, en Brasil, se han presentado mociones a favor de la amnistía para los presos y exiliados españoles.

En Francia, Italia, Bélgica, han tenido lugar numerosos mítines, y personalidades y organizaciones democráticas se han dirigido al gobierno de Franco. A las Embajadas y Consulados franquistas en estos países han sido enviados centenares de pliegos con miles de firmas y numerosas delegaciones de organizaciones, entidades y personalidades las han visitado para hacer llegar al gobierno de Franco la demanda de amnistía.

Los sindicatos de la República Popular de China, de la República Popular Democrática de Corea, de la República Popular de Hungría, de Jamaica y de otros países han enviado peticiones en el mismo sentido.

La Federación Sindical Mundial, la Federación Democrática Internacional de Mujeres, la Federación Mundial de la Juventud Democrática, la Unión Internacional de Estudiantes, la Unión

Internacional de Juristas Demócratas se han dirigido en telegramas y mensajes al gobierno de Franco pidiendo la amnistía.

La prensa democrática de muchos países ha venido prestando gran atención a la movilización internacional por la amnistía.

Desde China a la Argentina, desde la Unión Soviética a Chile, en todos los países la campaña por la amnistía para los presos y exiliados políticos españoles ha alcanzado gran relieve con motivo del 20 aniversario del fin de la guerra civil española. Y la campaña continúa.

Los españoles que luchan por la amnistía encuentran en la solidaridad internacional un gran estímulo. La ayuda valiosa de millones de ciudadanos de todos los países les anima a actuar sin desmayo ante los obstáculos y dificultades que se levantan en el camino que ha de conducirnos a lograr la amnistía.

En esta hermosa movilización solidaria internacional, los españoles han podido apreciar el caudal de simpatías que tiene la causa de la democracia española en los pueblos de todo el mundo; el anhelo que late en esos pueblos de ver a España libre de la tiranía franquista.

LOS PRESOS DE LA HUELGA NACIONAL PACÍFICA

La movilización por la amnistía tiene actualmente una faceta particular derivada de la huelga nacional pacífica.

En la preparación de la huelga han sido detenidos muchos antifranquistas. Franco ha ordenado al coronel Eymar hacer un « escarmiento » y proceder con « mano dura » sobre los más destacados. No necesita el tristemente célebre coronel que le agujoneen para poner su crueldad congénita al servicio de la represión política. Recientes están aún las execrables condenas impuestas a Antonio Rosel, Higinio Canga, Leoncio Peña, José María Laso, Felix Navarro, Miguel Núñez y otros camaradas, para saber hasta dónde llega la ferocidad de Eymar.

Con la máxima urgencia se están preparando los sumarios para llevar a los detenidos más destacados, ante los tribunales militares y juzgarlos por procedimiento sumarísimo, bajo la monstruosa acusación de « rebelión militar » y condenarlos a penas graves.

Esto es lo que se prepara contra Simón Sánchez Montero, miembro del Buró Político del Partido Comunista, obrero panadero de Madrid, cuya magnífica conducta ante las torturas de los sabuesos de la brigada político-social, es un ejemplo que despierta la simpatía y la admiración de todos cuantos van conociendo la firmeza revolucionaria de este dirigente comunista.

Esto es lo que preparan contra Abelardo Jimeno, miembro del Comité Central del Partido Comunista, contra el obrero metalúrgico madrileño, Luis Lobato, militante comunista íntegro, al cual las bárbaras torturas de la policía no lograron abatirle ni « doblarle ».

Tras las sentencias recaídas últimamente sobre destacados estudiantes de la Agrupación Socialista Universitaria y sobre el dirigente estudiantil Emilio Sanz Hurtado, se encuentran amenazados de condena otro dirigente universitario, Enrique Múgica, Julio Cerón Ayuso, católico de izquierda, y otros presos de la huelga.

Entre los presos hay comunistas, socialistas, católicos de izquierda, antifranquistas sin adscripción política definida; hay obreros, profesores, estudiantes, burgueses.

Los presos de la huelga reflejan en cierto modo la amplitud política y social de la oposición a la dictadura, la unidad que se va forjando entre las fuerzas de oposición.

En el conjunto general de la lucha por la amnistía destacamos en el momento actual la necesidad de colocar la defensa y ayuda a los presos de la huelga en un primer plano ante la urgencia de la grave amenaza que pesa sobre ellos.

La acción en favor de los presos de la huelga, especialmente orientada a conseguir que los sumarios que se instruyen pasen a la jurisdicción ordinaria, es una base de unidad de las fuerzas de oposición.

Las fuerzas políticas que llamamos a los españoles a realizar la huelga nacional pacífica del 18 de junio, tenemos en lo inmediato, en este aspecto concreto, un terreno para continuar la acción conjunta, aunando los esfuerzos de todos, y, unidos, llamar a los españoles a movilizarse a fin de impedir que los presos sean juzgados con procedimiento sumarísimo por los tribunales militares.

Movilizar a los españoles, de acuerdo con las posibilidades que tengan en cada lugar y utilizando los medios más adecuados y eficaces a su alcance, es una necesidad urgente y a buen seguro de resultados positivos. Pero, sin duda alguna, estos resultados se multiplicarán si la acción solidaria se lleva a cabo mediante la unidad de las fuerzas de oposición por arriba, por en medio y por abajo.

La huelga del 18 de junio, que tantas experiencias nos brinda a todos, nos plantea tareas y obligaciones y una de las más urgentes es la de acudir con todos los medios posibles en ayuda y solidaridad de los presos.

Y al mismo tiempo — como señala la «Declaración del Partido Comunista de España sobre la huelga nacional» — hay que

reclamar cada vez con más fuerza el cese de las jurisdicciones especiales, solicitado ya por el Colegio de Abogados de Madrid y otros; la destitución del fatídico Eymar, que con su vesania enturbia el prestigio del uniforme militar y el honor de la justicia; y la disolución de esa banda de torturadores, de vulgares malhechores, a quienes condenan incluso sus compañeros de Cuerpo : la tristemente célebre brigada político-social ».

LA DICTADURA SE ENCUENTRA MAS DEBIL DE LO QUE PARECE

El dictador se resiste a hacer la menor concesión en cuanto concierne a la amnistía, temeroso, seguramente, de que pueda interpretarse como un signo de debilidad, de que la hace acosado por la presión interior y exterior. Por el contrario ordena la aplicación de torturas, impone condenas brutales en los consejos de guerra. Sin embargo, la experiencia demuestra que es posible obligar al dictador a ceder. Es un hecho que la represión hoy dista mucho de ser la de años anteriores al 56, y no porque Franco y los verdugos a sus órdenes se hayan transformado en unos angelitos, sino porque la situación en que se encuentra la dictadura es tan débil que, pese a los desplantes y amenazas del dictador, ya no puede hacer lo que quiere en este aspecto.

Es verdad que la dictadura viene negándose obstinadamente a conceder la amnistía. Incluso cuando concede algún indulto, como el último promulgado a comienzos de noviembre del 58, lo hace con tantas precauciones y tan condicionado, que los propios presos políticos lo interpretan como una burla. Pero no es menos cierto que incluso esos indultos son concesión a la presión nacional. Si ésta se intensifica, si se organiza la movilización de masas bajo el signo de la unidad de las fuerzas políticas anti-franquistas y de los más prestigiosos intelectuales y universitarios del país, se puede tener confianza en obtener resultados.

A las alturas en que nos encontramos no hay represión que pueda contener el movimiento de lucha de las masas, y arrancar la amnistía es uno de los objetivos más importantes que tiene planteados el pueblo en la lucha general contra la dictadura. Es decir, la acción por la amnistía, en las condiciones políticas presentes, forma parte de la lucha general de todos los españoles para producir un cambio político en el país.

Insistimos : lo decisivo para que los presos de la huelga no sean juzgados por procedimiento sumarísimo ante los tribunales militares y para conseguir que sus procesos pasen a la jurisdicción ordinaria, es la acción de las masas en sus más varia-

das formas; es la movilización de los españoles, ayudados por la solidaridad internacional.

Resumiendo, debemos estar interesados en llevar adelante la movilización de las masas, aprovechando muchas de las experiencias que se han venido aplicando, de gran valor : recogida de firmas, visita de comisiones a las autoridades, hojas volantes, letreros en las paredes, en los medios de transporte, etc. La palabra ; Amnistía !, debe aparecer en todas partes, en toda España.

Y en la realización de esta labor deben unirse todos los antifranquistas, deben concertarse en cada lugar comunistas, socialistas, católicos, cenetistas, liberales, etc., y actuar unidos por los presos de todos.

La lucha por la amnistía, la solidaridad con los detenidos, debe ser una de las formas principales en que la unidad por arriba, lograda en la preparación de la huelga nacional pacífica, cristalice ahora en unidad por abajo, en unidad en los lugares de trabajo, en las barriadas, etc.

LA CRISIS EN EL PARTIDO SOCIALISTA

Por Fernando CLAUDIN

LA gran batalla política librada durante varios meses en torno a la preparación de la huelga nacional pacífica ha tenido como consecuencia que la crisis interna del Partido Socialista se agrave considerablemente.

Desde el primer momento la idea de la huelga nacional fue bien acogida por los socialistas del interior. La Agrupación Socialista Universitaria (A.S.U.), miembro del Comité de Coordinación Universitario de Madrid, participó muy activamente en la elaboración y difusión del manifiesto que este Comité dirigió a los estudiantes invitándoles a secundar la huelga. Estudiantes de la A.S.U. fueron detenidos junto a sus compañeros comunistas y católicos. El Movimiento Socialista de Cataluña (M.S.C.) publicó también un manifiesto apoyando la acción del 18 de junio y, junto con todas las demás fuerzas de oposición no comunistas de Cataluña, firmó una declaración solidarizándose con la huelga nacional. Por último, días antes del 18 de junio, veía la luz el llamamiento a la huelga nacional pacífica que llevaba la firma del Partido Socialista Obrero Español (en el interior). Detrás de este manifiesto se encontraban los principales núcleos organizados del Partido Socialista en el interior del país con sus dirigentes a la cabeza.

Frente a esta actitud digna, combativa y unitaria, de los socialistas del interior, la Comisión Ejecutiva con sede en Toulouse, mantuvo tercamente su tradicional posición anticomunista, su línea de pasividad e inmovilismo, llevándola al extremo de pronunciarse públicamente contra la huelga nacional pacífica en la declaración del 9 de junio y en la conferencia de prensa celebrada en París, por Llopis, en vísperas de la huelga. Las emisoras oficiales de París, Londres y otras capitales de los Estados burgueses que vienen sosteniendo a Franco, se encargaron de difundir ampliamente esa indigna actitud de los dirigentes exiliados de Toulouse, actitud que muchos socialistas del interior y no pocos de la emigración califican de puñalada por la espalda a la oposición antifranquista en el

momento en que ésta libraba su batalla más importante desde hace veinte años.

Pero la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. no se limitó a actuar de rompehuelgas, sino que, con la mayor desfachatez negó, y sigue negando, lo que es notorio e indiscutible : la participación de los socialistas del interior en la preparación de la huelga nacional pacífica. Procede como si no existieran los testimonios públicos de esa participación : los manifiestos de la A.S.U., del M.S.C. y del P.S.O.E. (en el interior); como si no hubiera socialistas detenidos por su contribución a la preparación de la huelga; y como si estos hechos no fueran del dominio público, incluso internacionalmente. Una periodista tan poco sospechosa de simpatías por los comunistas como Elena de la Suchere decía el 4 de junio : « El movimiento es sostenido por las fuerzas colocadas bajo la obediencia del secretariado general de Toulouse ». Y el órgano de la « Union de la Gauche Socialiste » escribía : « La preparación de esta jornada es una etapa importante en la lucha del pueblo español contra el régimen de la dictadura. Por primera vez una acción concertada tiene lugar en toda España y englobando a corrientes políticas muy diversas, desde los socialistas de izquierda de Cataluña hasta los demócratas cristianos, pasando por los comunistas ».

Perdiendo los estribos en su afán de negar la evidencia, Llopis recurre a los adjetivos gruesos en su artículo del 16 de julio, donde escribe : « para ilustración de los mentecatos qui especulan con « las profundas discrepancias » que daban existir entre nosotros y nuestros compañeros del interior acerca de esta cuestión (se refiere a la huelga. F. C.) no estará de más recordar que las Comisiones Ejecutivas del P.S.O.E. y de la U.G.T. comunicaron el 22 de mayo a nuestros compañeros del interior nuestros puntos de vista acerca de la iniciativa comunista ». Pero Llopis no dice palabra de cuál fue la respuesta de los socialistas del interior, no dice que éstos contestaron con los manifiestos de la A.S.U., del M.S.C. y del P.S.O.E. (del interior) llamando a la huelga. Los hechos son los hechos y adoptar ante ellos la actitud del avestruz sólo sirve para subrayar más el atolladero en que se encuentran los dirigentes de Toulouse. En cuanto a dónde está la mentecatez lo dejamos al buen juicio del lector. Nos limitaremos, para proporcionarle algunos elementos más, a citar dos hechos curiosos.

El primero es que Llopis, en su artículo del 25 de junio dice muy serio que el Partido Comunista había preparado una « gran jornada » para el 5 de mayo de este año, lo cual resultó un « fracaso rotundo ». Efectivamente, rotundísimo. Como que esa « gran jornada » no existió más que en la atormentada cabeza de Llopis. Todo el mundo sabe que la Jornada de reconciliación nacional del 5 de mayo fue ¡ en 1958 !

El segundo hecho es que, en otro lugar del mismo artículo, Llopis dice que los comunistas, en vísperas de la huelga, advirtieron que no se hiciera caso de lo que dijese determinadas radios y que sólo se escuchara... ¡ a la BBC !, « pues la BBC informaría la verdad ». Todo el que esté en su sano juicio sabe muy bien que los comunistas no pueden aconsejar que se crea a la emisora de un Estado burgués, imperialista, cuyo interés era difundir propaganda contra la huelga, como hizo con la declaración de la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E.

¿Cómo explicarse que se digan tantas tonterías? Ni siquiera el calor extremo de este verano puede justificarlo. Lo que ha sacado de quicio a Llopis es esa realidad que él pretende negar: la participación de los socialistas del interior, hombro con hombro con los comunistas, en la preparación de la huelga nacional pacífica.

Esa realidad no sólo ha existido sino que, además, no es el fruto casual de una coyuntura momentánea; es el resultado de un largo y profundo proceso.

La oposición radical entre la Comisión Ejecutiva exiliada y los representantes de la organización socialista del interior quedó claramente formulada en el documento que estos últimos llevaron al VII Congreso del P.S.O.E. (celebrado en Toulouse en agosto de 1958). La Comisión Ejecutiva, valiéndose de los medios de presión de que disponía con Guy Mollet en el gobierno de De Gaulle, impidió que los delegados al Congreso e incluso los miembros del Comité Director, llegaran a conocer el documento de los socialistas del interior, pero pronto el texto empezó a divulgarse en los medios emigrados. En el folleto de nuestro camarada Santiago Carrillo « ¿A dónde va el Partido Socialista? » se reproducen y analizan los pasajes esenciales, entre los cuales nos interesa destacar en este momento los siguientes: el P.S.O.E. debe tener « como primera norma de conducta », como « la tarea más urgente » la de « organizar movimientos pacíficos de protesta », en los que « la colaboración comunista... debe ser aceptada sin compromiso previo... », añadiendo que « sería suicida rechazarla por cuestiones de principio », y que « éste es el sentimiento unánime del interior ».

Este planteamiento de lo que debía ser la orientación del Partido Socialista iba acompañado de severas críticas al inmovilismo de la Comisión Ejecutiva, a su anticomunismo « que hacía el juego a Franco y al Departamento de Estado », a su divorcio de la realidad española, etc., y los representantes del interior recababan libertad de acción para concertar alianzas con todas las fuerzas de la oposición, incluido el Partido Comunista.

De la profundidad de las divergencias entre los dirigentes socialistas del interior y los miembros de la Comisión Ejecutiva exiliada dan idea no sólo los textos citados, sino los discursos de Prieto en el Congreso, con sus dramáticas apelaciones a salvar la unidad del Partido y salpicados de advertencias contra « los jóvenes sin tradición » que, como se ve, no eran otros que los miembros del partido que luchan en España y, por lo mismo que luchan, comprenden la necesidad de la unidad con todos los que hacen lo mismo.

Por lo tanto, ya en agosto de 1958, las organizaciones socialistas del interior consideraban que la tarea más urgente era la organización de movimientos pacíficos de protesta, en los que debían colaborar comunistas y socialistas al lado de las restantes fuerzas de la oposición. Y ya por aquellas fechas el enfrentamiento entre los socialistas del interior y la Comisión Ejecutiva exiliada había llegado a un punto crítico.

Estando así las cosas ¿qué de extraño tiene que al dirigirse la dirección del Partido Comunista, en los primeros meses del presente año, a todas las fuerzas políticas antifranquistas con la propuesta de preparar la huelga nacional pacífica, los socialistas del interior dieran una acogida favorable a la iniciativa, mientras que la Comisión

Ejecutiva oponía, desde el primer momento, una negativa cerrada?
¿De qué sirve que ahora intenten Llopis y Cía. ocultar una realidad que tiene antecedentes tan claros y raíces tan profundas?

LAS « RAZONES » DE LA COMISION EJECUTIVA DE TOULOUSE

Naturalmente, los « ejecutivos » de Toulouse no podían sin más ni más levantar bandera pública contra una acción antifranquista de la importancia de la huelga nacional pacífica, que era preparada por la mayoría de las fuerzas políticas de oposición, incluidos los propios militantes del P.S.O.E., y que había despertado enorme simpatía en todo el país. Necesitaban justificar, « razonar », de alguna manera, su actitud. Veámos cuáles son esos argumentos, que entresacamos de los documentos más autorizados para el caso : declaración de la Comisión Ejecutiva del 9 de junio, artículos de Llopis de fechas 25 de junio y 16 de julio, declaración de la C.I.O. S.L. aparecida en « El Socialista » del 2 de julio, hoja firmada « S.T.V. - U.G.T. - C.N.T. » publicada en « El Socialista » del 9 de julio, etc. Para mayor claridad iremos numerando (los argumentos) sin que ello les atribuya un orden de importancia.

1. — Entre las principales razones para justificar la oposición a la huelga figura la de que ésta se preparaba abiertamente, mediante una intensa campaña de agitación, mientras que acciones de ese tipo, para tener éxito, deben prepararse hasta el último momento en el mayor sigilio.

Esta tesis no tiene ningún fundamento serio. ¿Como va a prepararse en el mayor sigilio una acción de masas a la que se convoca a millones de personas, máxime en las presentes condiciones de clandestinidad, cuando esos millones no pueden estar organizados, no disponen de sindicatos y partidos legales? Ni siquiera contando con sindicatos y partidos políticos legales es posible preparar en el sigilio una huelga general política, como era la prevista para el 18 de junio. La misma experiencia del P.S.O.E. lo demuestra.

¿Cómo se preparó la huelga general revolucionaria de agosto de 1917 contra la Monarquía? Largo Caballero lo cuenta en su libro « Mis recuerdos ». En el verano de 1916 se celebró en Madrid un Congreso de la U.G.T. donde, a propuesta de la delegación asturiana, se aprobó una resolución para emprender en todo el país una campaña oral y escrita exigiendo del gobierno medidas contra la carestía de la vida y, en caso de que el gobierno no las adoptara, ir a una huelga general de veinticuatro horas. E incluso, la resolución anunciaba el propósito de ir a una huelga revolucionaria si esa huelga no daba resultados. Análogo acuerdo tomó, casi simultáneamente, el Congreso de la C.N.T. Como dice Caballero : « Toda la España obrera se movilizó celebrando mítines, conferencias, publicando artículos y folletos ». En diciembre de 1916 se realizó la huelga general de 24 horas y, siguiendo el plan previsto, que como se ve era público, adoptado en sendos congresos, agitado en mítines y periódicos, en agosto de 1917 se realizaba la huelga general revolucionaria. Esta, por tanto, se preparó abiertamente; lo que se decidió en los últimos días fue la fecha concreta. Y en toda su preparación hubo, como era inevitable, represión, detenciones. Si alguien

hubiera acusado entonces a los dirigentes socialistas de haber concebido la huelga y de realizar la agitación que debía prepararla con el fin de provocar detenciones para justificar la campaña política posterior por la libertad de los detenidos — campaña que llevó al Parlamento a los miembros del Comité de huelga — semejante acusación hubiera sido calificada de infamia por los trabajadores. El mismo juicio merecen hoy infamias semejantes que los dirigentes socialistas de Toulouse, queriendo justificar su indigna conducta, lanzan contra los comunistas.

Algo parecido ocurrió, en cuanto al sigilio, con la huelga general política de octubre de 1934, que en Asturias se transformó en insurrección armada. Fue precedida de una intensa campaña de agitación; públicamente se decía que si la C.E.D.A. entraba en el gobierno los trabajadores irían inmediatamente a la acción y, según revela Caballero, hasta el presidente de la República estaba informado sobre el propósito de las organizaciones obreras.

2. — Otro argumento que se esgrime por la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. para justificar su posición de rompehuelgas es que la ocasión no era propicia porque nos encontramos en el comienzo de la crisis económica y los capitalistas tienen necesidad de licenciar a parte de sus obreros. La huelga les proporcionaría el pretexto.

Pero ¿es que los trabajadores deben soportar resignadamente, como borregos, que las consecuencias de la crisis sean descargadas sobre sus espaldas? ¿Qué otra manera hay de hacer frente a esa terrible amenaza que no sea terminar cuanto antes con la dictadura de la oligarquía monopolista? Y para lograrlo ¿qué otro camino existe que no sea la acción unida y vigorosa de las masas populares? ¿Es que si los trabajadores no se mueven, si son « buenos chicos », como les recomiendan el P.S.O.E. y la U.G.T. exiliados van a evitarse los despidos?

Es verdad que la propaganda del gobierno, la radio, la prensa, los jefes verticales — que han llegado a hacer reuniones con los enlaces, como en Asturias, diciéndoles que la huelga no estaba preparada por los comunistas sino por la patronal — han agitado intensamente la amenaza de los despidos para impresionar y paralizar a los obreros. Pero frente a esa propaganda ¿cuál era el deber de las organizaciones antifranquistas y, en primer lugar, de las obreras? ¿Sumarse a la campaña del gobierno, como han hecho los dirigentes socialistas exiliados, o explicar a los trabajadores que el único camino para hacer frente a la crisis económica es la lucha que conduce a la liquidación de la dictadura? ¿No es caer en el más vil fariseísmo invocar el paro y el hambre que amenaza a los hogares proletarios y, al mismo tiempo, apuñalar por la espalda una acción dirigida contra los responsables del paro y del hambre?

En los próximos meses decenas de miles de obreros y empleados, si la lucha no lo impide, serán lanzados al paro y los que conserven sus puestos verán bloqueados los salarios, suprimidas las horas extraordinarias mientras siguen subiendo los precios. Los trabajadores sufrirán, en una palabra, las consecuencias de la crisis y del « plan de estabilización » franquista. Entonces en los hogares proletarios se comprenderá todavía mejor la razón que asistía a los organizadores de la huelga del 18 de junio y se maldecirá a los que mezclaron su voz con la de los servicios de Arias Salgado para sembrar en los trabajadores la indecisión y el temor.

La tesis de que no pueden organizarse huelgas, y más aún huelgas políticas, como era la del 18 de junio, en períodos de crisis, es una tesis oportunista, desmentida por toda la experiencia del movimiento obrero revolucionario. No hace mucho que en Bélgica y en Italia, han tenido lugar grandes huelgas, y en la actualidad en Estados Unidos transcurre la gran huelga de medio millón de metalúrgicos precisamente para hacer fente a la amenaza de despidos con que las empresas tratan de resolver a su favor la crisis económica y las consecuencias de la automatización.

Incluso el propio P.S.O.E. ha organizado huelgas políticas en período de crisis económica, como fue la de diciembre de 1930 contra la monarquía. Si aquella huelga fracasó no fue por falta de simpatía de las masas trabajadoras, que cuatro meses después derribaban a la monarquía, sino por el sabotaje de los dirigentes socialistas de derecha, de los Besteiro, Muiño, Saborit y otros, cuya vergonzosa conducta en diciembre del 30 ha sido emulada en junio de 1959 por Llopis y Cía.

Pero además, en la huelga nacional pacífica del 18 de junio concurría una circunstancia muy importante : amplios sectores de la burguesía media y de la pequeña burguesía veían con simpatía una acción que iba dirigida contra la dictadura franquista y la oligarquía monopolista. Muchos patronos de pequeños talleres e incluso de fábricas u obras de cierta importancia, no sólo no han licenciado a los obreros que han secundado la huelga sino que se han opuesto a las órdenes de las autoridades franquistas exigiendo el despido de los huelguistas. En el campo, los propietarios agrarios medios y pequeños han procedido, por regla general, de la misma forma.

En una palabra : la burguesía no monopolista, afectada por la crisis y por toda la política económica de la dictadura, deseosa de un cambio político, quería expresar su protesta y veía en la huelga nacional la ocasión de hacerlo. Sus representantes eran precisamente esos grupos demócrata-cristianos, liberales, etc., que han colaborado con los comunistas en la preparación de la jornada del 18 de junio. Por eso ésta tenía un carácter nacional y no sólo proletario. Por eso, la clase obrera, dirigida por su Partido, podía arriesgarse a un movimiento de esta envergadura, pese a las grandes dificultades de organización y otras que implica la clandestinidad. La clase obrera podía tener la seguridad de que aun en caso de no lograr pleno éxito, se encontraría rodeada de la solidaridad y la simpatía moral de los otros grupos sociales oprimidos por la oligarquía, y contra esta solidaridad antifranquista las represalias de la dictadura sólo podían tener un efecto muy amortiguado, que es lo que ha ocurrido.

El pretexto de la crisis económica para justificar la puñalada por la espalda a la huelga del 18 de junio ha tenido su versión más repugnante, mas inaudita, en la hoja repartida en Vizcaya y publicada en la primera página de « El Socialista », firmada con los anagramas « S.T.V - U.G.T. - C.N.T. », tras los que se ocultan los dirigentes socialistas de Toulouse y los dirigentes nacionalistas vascos de San Juan de Luz. Esa hoja es una verdadera exaltación de todo lo que dificulta a la clase obrera tomar conciencia de su fuerza y de sus intereses de clase; una apelación a la cobardía, al pánico, al egoísmo individualista, al espíritu de competencia, que el capitalismo se esfuerza por cultivar entre los trabajadores. En esa hoja, digna de figurar en una antología de traiciones al movimiento

obrero y democrático, se llega al extremo de afirmar que la huelga nacional del 18 de junio era preparada — ¡agárrense ustedes! — por « el Gobierno, la Patronal y el Comunismo » (citamos textualmente). Hay que estar verdaderamente fuera de la realidad española para creer que los trabajadores y antifranquistas que han sido testigos de la enorme campaña de represión y demagogia desencadenada por el gobierno para impedir la huelga; que han presenciado el esfuerzo heroico desplegado por comunistas, liberales, socialistas, católicos, cenetistas y por millares de combatientes antifranquistas sin filiación política concreta; hace falta, repetimos, estar... en Toulouse o en San Juan de Luz, para pensar que los trabajadores y los antifranquistas pueden creer esas estúpidas calumnias. Hay que estar muy huérfanos de argumentos serios para recurrir a patrañas que, de tan burdas, se vuelven inevitablemente contra sus pergeñadores. Los estudiantes de la A.S.U., los militantes del M.S.C. y del P.S.O.E. (del interior), los liberales de Acción Social Democrática, los jóvenes católicos del F.L.P. ¿qué pensarán cuando sepan que la huelga que ellos prepararon con tanta fe y entusiasmo, que ha costado la cárcel a algunos de sus compañeros, es tratada por la Comisión Ejecutiva de Toulouse y por los dirigentes nacionalistas vascos que se ocultan tras el anagrama S.T.V. como la obra « de la Patronal y del Gobierno »?

La patraña es tan burda que en las mismas páginas de « El Socialista » queda al descubierto. El número anterior a aquél en que se publica la hoja que acabamos de comentar inserta una declaración de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (C.I.O.S.L.) de la que es filial la U.G.T. firmante de la hoja. En esa declaración se dice : « A principios de abril un movimiento español formado por fuerzas democráticas que se oponen al régimen de Franco desencadenó una campaña en favor de una huelga general de veinticuatro horas... » Luego la declaración dice que el Partido Comunista trató de asegurarse la dirección de dicho « movimiento popular » y por eso la U.G.T. le negó su apoyo. Por lo tanto, independientemente de la supuesta pretensión del Partido Comunista a asegurarse la dirección del movimiento (a la que nos referimos más adelante) resulta evidente que para la C.I.O.S.L. la acción del 18 de junio era un movimiento popular y democrático, en el que además de los comunistas participaban otras fuerzas democráticas. Los lectores de « El Socialista » se verán por tanto en una grave tribulación. ¿A quién creer? ¿A la C.I.O.S.L., cuya información no puede proceder más que de los mismos socialistas españoles y cuyo anticomunismo notorio la aleja de toda sospecha de que su declaración sea obra de los comunistas, o a la « U.G.T. » de la hoja inmunda y a Llopis que, en su artículo del 16 de julio, la hace suya? Como reza el dicho popular, antes se coge a un embustero que a un cojo...

3. — Otro de los « argumentos » para justificar el sabotaje de la huelga ha sido ese que menciona la C.I.O.S.L. : la pretensión de los comunistas de asegurarse la dirección del movimiento.

También aquí es fácil coger a los embusteros, porque en su artículo aparecido en « El Socialista » del 25 de junio, Llopis reconoce que el 17 de marzo, es decir mes y medio antes de que apareciera el manifiesto del Comité Central del Partido Comunista llamando a la huelga, la dirección del Partido Comunista se dirigió a la Comisión Ejecutiva del P. S. O. E. proponiéndoles la celebración de una entrevista para tratar de la preparación conjunta de la huelga na-

cional pacífica. De la misma manera, con la misma lealtad procedió nuestro Partido con las otras fuerzas políticas interesadas. Pero así como los demás aceptaron la discusión con el Partido Comunista, la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. se negó incluso a celebrar la entrevista. Llopis lo reconoce también en su artículo.

Después, la Comisión Ejecutiva se dirigió a la organización socialista del interior tratando de impedir, sin éxito, que apoyara la huelga. Y entre los argumentos que utilizaba para lograrlo, además de los ya expuestos, había uno particularmente innoble: que el objetivo del Partido Comunista era enfrentar a los socialistas del interior como los del exilio, a la base con la dirección. En su carta del 1º de junio nuestro Partido, además de reiterar la propuesta de entrevista, respondía a esa calumnia en estos términos: « Queremos subrayar el hecho de que antes de dirigirnos a ellos (a los socialistas del interior. F. C.) con esta cuestión, hemos intentado examinarla con vosotros, Comisión Ejecutiva del P.S.O.E., para que los contactos fuesen por el escalón más elevado y responsable, por el cauce más conveniente y que sólo después de vuestra negativa nos hemos visto forzados a tratar de la huelga con las organizaciones socialistas del interior directamente. Es decir, hemos acudido a esta solución cuando hemos comprobado que nos era imposible, no ya ponernos de acuerdo, sino ni siquiera conversar personalmente, o a través de intermediarios, con vosotros ».

Otro « argumento » de Llopis, ligado al anterior, es que la gran campaña de agitación realizada por el Partido Comunista (subrayemos, de paso, que Llopis reconoce la intensidad extraordinaria de la agitación realizada por nuestro Partido, de la edición y difusión de hojas, lo cual no se explica si el Partido Comunista no tuviera la simpatía y el apoyo de las masas) facilitaba a Franco especular con el peligro comunista y encontrar ayudas internacionales.

Pero la verdad es que la campaña por la huelga nacional pacífica ha sido la primera en que las fuerzas de oposición han aparecido unidas, como ha sido reconocido en comentarios internacionales y por el propio gobierno en su contrapropaganda, lo que venía a demostrar, con más vigor que nunca, que la lucha contra la dictadura no tiene un carácter comunista sino ampliamente democrático. Y si los dirigentes socialistas de Toulouse no se hubieran encastillado en su errónea actitud la demostración hubiera sido aún más eficaz.

Pero, además ¿es que esos apoyos internacionales a Franco no existen ya? Predicar el inmovilismo invocando la utópica posibilidad de que esos apoyos sean retirados ¿no es engañar al pueblo, no es insistir en una política que cuenta con veinte años de fracasos? Si llega un momento en que las potencias occidentales retiran su apoyo a Franco no será para facilitar un cambio democrático sino para tratar de impedirlo, para ayudar a las fuerzas reaccionarias a realizar el relevo conservando lo esencial del régimen franquista. Pero incluso para que se decidan a dar este paso es necesario que la situación de Franco sea realmente desesperada, lo que a su vez sólo puede producirse si la lucha del pueblo adquiere el nivel necesario. Pero este nivel no puede alcanzarse si no es con la acción unida de todas las fuerzas de oposición, incluidos los comunistas. Una experiencia de veinte años ha demostrado que las fuerzas de oposición no comunistas, por sí solas, son impotentes para lograr dichos objetivos. Por eso, como dicen los socialistas del interior, renunciar a la colaboración de los comunistas en las condiciones actuales sería suicida.

4. — También ha sido utilizado esta vez el manoseado tópico de que la consigna de la huelga nacional pacífica « procedía de Moscú ». La campaña orquestada por los servicios de Arias Salgado lo ha utilizado profundamente y con ella han hecho coro los dirigentes socialistas de Toulouse, concretamente Llopis en su artículo del 25 de junio.

No vale la pena perder mucho espacio en la refutación de esta vieja calumnia. El hecho de que con nuestro Partido hayan colaborado en la preparación de la huelga fuerzas políticas tan diversas; de que a la divulgación de los objetivos de la huelga contribuyeran millones de españoles de todas las tendencias, es prueba más que suficiente de que « la consigna » salía de las entrañas mismas de España, de que correspondía a las necesidades más urgentes de la lucha contra la dictadura y de que sólo una fuerza política profundamente enraizada en la realidad española, como es el Partido Comunista, podía lanzar esa idea con la seguridad de encontrar tan amplio eco.

Entre paréntesis, nos permitimos aconsejar a los dirigentes socialistas de Toulouse y a otros que, como ellos, recurren todavía al viejo coco, queriendo justificar con ello posiciones contrarias al interés de la causa antifranquista, hacer un esfuerzo de imaginación para encontrar otros pretextos. ¿Acaso no se dan cuenta de que la etiqueta « Moscú » es vista cada día que pasa con más simpatía por el pueblo español?

5. — Por último, no queremos pasar por alto el « argumento » que podríamos llamar formal, reglamentario, para justificar el sabotaje de la huelga nacional del 18 de junio: que los acuerdos de los congresos del P.S.O.E. no autorizan a la Comisión Ejecutiva a colaborar con el Partido Comunista.

Es cierto que el VII Congreso, ratificando acuerdos de los anteriores, aprobó que el P.S.O.E. mantendría relaciones y colaboraría solamente con los partidos « no totalitarios »; es cierto que los dirigentes de Toulouse interpretan y aplican ese acuerdo como dirigido contra el Partido Comunista, pero, ¿en nombre de qué esa interpretación, basada en el calumnioso tópico del « totalitarismo » del Partido Comunista, ha de permanecer en vigor? ¿Por qué ese acuerdo no ha de ser interpretado por todos los socialistas, siguiendo el ejemplo de los socialistas del interior, como referido exclusivamente a los partidos y grupos fascistas, que es la única interpretación honesta?

Si para acabar con la dictadura de Franco es necesaria la unión de todas las fuerzas de oposición, y, en primer lugar, de las fuerzas obreras, ¿es que esa interpretación inadmisibile del acuerdo del VII Congreso va a levantarse eternamente como un obstáculo insuperable?

LAS VERDADERAS RAZONES DE LA COMISION EJECUTIVA

Los « argumentos » que hemos registrado y analizado someramente no sólo no nos convencen a nosotros, a los comunistas, sino que no convencen tampoco a los socialistas del interior, ni a muchos del exilio, ni a socialistas de otros países que siguen con gran atención el desarrollo de nuestra lucha.

Por ejemplo, en el artículo antes mencionado del órgano de la « Union de la Gauche Socialiste » se califica la actitud de la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. de « posición inadmisible », caracterizada por el uso de « los mismos slogans anticomunistas que Franco ».

Y como expresión de lo que piensan no pocos socialistas exiliados (la opinión de los del interior se deduce, evidentemente, de todo lo anterior; no pocos atribuyen a la Comisión Ejecutiva la responsabilidad principal de que la huelga no tuviera el éxito esperado) ningún testimonio más elocuente, tal vez, que las « Cartas a un compatriota », aparecidas en el periódico socialista belga « L'Action » y firmadas con un seudónimo tras el que se encuentra una veterana y destacada personalidad del P.S.O.E. Después de expresar su simpatía por la huelga describe así el efecto que le produjo la declaración de la Comisión Ejecutiva del 9 de junio : « También a mí me produjo un sentimiento de revuelta. Mi primera reacción — no tengo porqué ocultártelo — fue violenta. No encontraba explicación a lo que tenía ante mis ojos. Lo leí y lo releí buscando entre líneas algo que yo suponía se ocultaba tras de aquéllo. No lo encontré ». Más adelante polemiza con el argumento de la crisis y dice : « De todas formas, si la libertad no se mendiga, si hay que conquistarla, no admito como argumento de fuerza la posibilidad de que lo patronos amenacen con represalias a quiénes se disponen a alcanzar tan fundamental principio ». Y agrega : « Como tú tampoco admito las razones que se dan para hacer lo que se ha hecho » (pronunciarse contra la huelga) « tiene que haber algo, que la dirección impide revelar, que ha obligado a pronunciarse públicamente en los términos que se ha hecho. No se concibe de otra manera ».

Sí, « hay algo que la discreción impide revelar ». Sólo que la discreción, esta vez, no es prenda de virtud, sino tapadera de « algo » inconfesable que, dicho con claridad y en pocas palabras, puede resumirse así : la Comisión Ejecutiva del P.S.O.E. no lucha en el momento actual por una salida verdaderamente democrática a la crisis de la dictadura franquista.

Las fuerzas que han organizado la huelga nacional pacífica (Partido Comunista, socialistas del interior, liberales, grupos demócratas-cristianos, etc.) quieren una salida democrática — independientemente de las vacilaciones naturales de algunos de los grupos citados — y por ello recurren al único camino que conduce a ella : la acción unida y vigorosa de las masas populares, cuya forma más alta en las presentes circunstancias es la huelga general política con un carácter nacional (en el sentido no sólo geográfico sino de participación de todos los sectores sociales lesionados por la dictadura) y pacífico.

En cambio, la Ejecutiva del P.S.O.E. intriga para que la crisis de la dictadura tenga una salida muy distinta, una salida para la cual la acción de las masas y la cristalización de su unidad, no sólo no son necesarias sino que representan un grave obstáculo. Las resoluciones del VII Congreso apuntan a esa « salida », aunque lo hagan con los rodeos y eufemismos que impone el carácter inconfesable de la misma.

Es verdad que en el VII Congreso se rechazó la posición abiertamente monárquica de Araquistain, pero al mismo tiempo se aprobó, como única perspectiva, la vieja y fracasada fórmula de esperar a que las potencias occidentales retiren su apoyo al franquismo. Ahora bien, es evidente que a lo más que pueden llegar esas potencias, como más arriba hemos dicho, es a facilitar el relevo reaccio-

nario del dictador. Y, precisamente, en esa dirección van otras tesis aprobadas en el Congreso y repetidas después en los artículos de Prieto, Llopis, etc., donde se afirma que la Iglesia y el Ejército, en particular éste último, son las únicas fuerzas que pueden desplazar a Franco. Si a estas tesis se une la línea de pasividad de la Ejecutiva, su hostilidad cerrada, como en el caso de la huelga nacional pacífica, a toda acción capaz de movilizar a las masas, ¿qué queda como única perspectiva? ¿Qué van a hacer las potencias occidentales, la Iglesia y el Ejército, si el pueblo no actúa, si no se convierte en la fuerza decisiva, más que asegurar, en todo caso, el relevo reaccionario del dictador?

Se podrá objetar que la Comisión Ejecutiva ha rechazado públicamente los requerimientos de la Unión Española en pro de una restauración monárquica. Es cierto, la Ejecutiva ha rechazado públicamente esos requerimientos, pero lo ha hecho por los mismos motivos que Prieto esgrimió en el VII Congreso para rechazar la posición monarquizante de Araquistain; porque el apoyo público a esos planes desacreditaría al P. S. O. E., le descalificaría políticamente para el futuro. Otra cosa es, como Prieto dio a entender al buen entendedor en su discurso de polémica con Araquistain, la actitud que el P. S. O. E. adopte si la restauración monárquica se convierte en realidad.

Por otra parte, la falta de apoyo público no excluye la posibilidad del apoyo indirecto, entre bastidores.

Un ejemplo. El P. S. O. E. rechazó las propuestas de los « accidentalistas » de formar una coalición « centro izquierda » que, en la intención de sus propugnadores, estaba llamada a contrarrestar los planes de monarquía reaccionaria de la Unión Española y oponerles los de una monarquía vagamente liberal. Y en este caso, para negarse, la Ejecutiva no tenía el pretexto de la participación de los comunistas, a los que no se invitaba a entrar en dicha coalición. Independientemente del utopismo de esos proyectos ¿cómo interpretar esa negativa de la Comisión Ejecutiva sino como el deseo de impedir que se pongan chinias en el camino de la Unión Española?

Otro ejemplo. Los partidos del llamado Pacto de París han insistido en hacer de éste un instrumento político actuante. La Comisión Ejecutiva lo ha impedido por diferentes procedimientos. Y ahí tampoco había el pretexto de la presencia comunista. Pero la vitalización del Pacto de París, podía representar un cierto obstáculo (no muy grande, hay que reconocerlo), a los planes de Unión Española. La Comisión Ejecutiva ha sabido evitarlo.

Por último. La huelga nacional del 18 de junio estaba dirigida, como se explica en la Declaración de nuestro Partido aparecida después de la huelga, no sólo contra la dictadura — éste era su objetivo esencial — sino contra los planes de restauración monárquica de los elementos más reaccionarios de Unión Española que aparecieron como un peligro real después del banquete del hotel Menfis. ¿No es ésa la razón profunda, esencial, el « algo » que explica por qué la Comisión Ejecutiva del P. S. O. E. ha llevado una lucha tan rabiosa contra la huelga nacional pacífica?

Que ésa — propiciar por todos los medios la salida reaccionaria a la situación actual, con etiqueta monárquica o sin ella — es la línea de la Ejecutiva del P. S. O. E. no sólo es bien conocido en los círculos dirigentes de las fuerzas políticas de oposición, sino que también es conocido de los observadores internacionales que siguen más de cerca la política española. Elena de la Suchère escribe en

el artículo ya citado : « ...casi nadie, en la clandestinidad, cree ya en las « soluciones » políticas que el P.S.O.E. intenta poner en marcha desde 1946 que, con diferentes variantes, se reducen todas a un pacto en virtud del cual las oligarquías (Ejército, fuerzas económicas agrupadas en la Unión Española) abandonarían a Franco y abrirían así un proceso de evolución hacia la democracia. En realidad, todo el mundo está persuadido de que las oligarquías no transigirían más que si son obligadas por una intensa agitación social ».

Por tanto, el anticomunismo de la Comisión Ejecutiva no es una abstracción, ni una actitud moral, sino que, en el momento presente, arrastra a un contenido político muy concreto : asegurar la hegemonía de las fuerzas oligárquicas en el proceso de liquidación de la dictadura de Franco; impedir que la clase obrera asuma esa hegemonía en el bloque de las fuerzas sociales que luchan por un cambio de régimen, y, en cambio, procurar que la clase obrera respalde, apoye, la hegemonía de la gran burguesía. En el fondo, es la misma línea 1930-31 derivada, en el terreno doctrinal, de la clásica concepción menchevique, oportunista — que Lenin demolió ya en 1905 — sobre el papel respectivo de la clase obrera y de la burguesía en la revolución democrática. Concepción que el Partido Socialista aplicó en 1931 y que aplica de nuevo en 1959, con la diferencia, no pequeña, de que entonces significaba poner a la clase obrera a remolque de la burguesía liberal, mientras que hoy significa poner a la clase obrera a remolque la burguesía monopolista, oligárquica; en 1931 representaba entregar la democracia a la impotencia y las vacilaciones de la pequeña burguesía, mientras que en 1959 representa renunciar a la democracia.

La presencia del Partido Comunista en la coalición antifranquista significa que no se podrá jugar de esa manera con la clase obrera; significa que a la clase obrera, como corresponde al hecho de que es la fuerza más revolucionaria, más organizada, más cohesionada y más poderosa de la actual sociedad española, es a la que atañe el papel director en el proceso que conducirá primero a la democracia burguesa y, más adelante, a la democracia socialista.

La clase obrera podrá desempeñar tanto mejor ese papel cuanto más unida esté. De ahí los esfuerzos de nuestro Partido por forjar esa unidad con las otras corrientes políticas que existen en la clase obrera; de ahí que atribuyamos tanta importancia a las tendencias unitarias y combativas que se manifiestan en los socialistas del interior, así como en núcleos cenetistas, católicos y otros. Aprovechando la experiencia del 18 de junio, los progresos logrados en la unidad por arriba, nuestro Partido multiplicará ahora los esfuerzos para organizar la unidad de la clase obrera en las empresas y talleres, en las obras y barriadas, en el interior de los sindicatos verticales. Esta unidad organizada será la gran fuerza que asegurará el éxito de las futuras batallas contra la dictadura.

Después del 18 de junio, especulando con el supuesto fracaso de la huelga, Llopis y Cía. escriben que ya no existe el dilema « Franco o el comunismo » y que, por tanto, queda despejado el camino para « otras soluciones ». Lo que con esto quiere decir Llopis no es difícil de comprender. El sabe muy bien que ni antes ni ahora el dilema es « Franco o el comunismo »; que el verdadero dilema que hoy está planteado en España es : o la salida reaccionaria, con etiqueta monárquica o sin ella, lo cual implica una coalición de fuerzas bajo la hegemonía del capital monopolista español y

extranjero y como « formas de lucha », las intrigas de palacio e incluso el complot militar; o la salida democrática, que implica la creación de una gran coalición de fuerzas desde la derecha a la izquierda en la que la clase obrera desempeñe el papel principal, y cuyas formas de lucha características sean las acciones de masas y, sobre todo, la huelga nacional pacífica, como la más elevada de ellas en las actuales condiciones concretas de España.

Cuando Llopis dice que el camino queda despejado para « otras soluciones », quiere decir, claro está, que queda despejado para la salida antidemocrática. Pero, una vez más, confunde sus piadosos deseos con la realidad.

Refiriéndose a la « fracasada » huelga revolucionaria de agosto de 1917, Largo Caballero escribía : « Ese movimiento ha fracasado en el orden material, pero contribuyó como ningún otro al progreso en la acción política del proletariado español ». La huelga nacional pacífica no ha tenido el 18 de junio el éxito « material » que todos preveían, desde el gobierno a los obreros, pasando por los observadores extranjeros, aunque la gran amplitud con que ha sido seguida por los obreros agrícolas es ya, de por sí sola, un resultado muy importante. En su Declaración, analizando los resultados y experiencias de la huelga el Buró Político del Partido explica las causas de que en centros industriales fundamentales no tuviera el éxito esperado, siendo la principal de ellas la insuficiente organización de la unidad de las masas. Pero lo que está absolutamente claro es que toda la preparación de la huelga nacional del 18 de junio ha sido un gran éxito en la lucha por la unidad antifranquista, en la divulgación de los objetivos que deben figurar en la base de una salida democrática, en la popularización de la forma de lucha — la huelga nacional pacífica —, con la que el pueblo puede alcanzar esos objetivos, etc. De ahí que pueda decirse, como Caballero de la huelga del 17, que la del 59 ha contribuido como ninguna otra acción desde que existe el franquismo a elevar la conciencia política del pueblo y, en primer término, de la clase obrera.

Por eso hoy, desgraciadamente para Llopis y los que con él están embarcados en la misma nave, la ruta hacia la salida antidemocrática no está más despejada sino todo lo contrario. La nave, ya de por sí bastante desvencijada y carcomida, corre grave riesgo de estrellarse en los arrecifes. ¿Qué suerte correrán sus tripulantes y pasajeros ?

Hoy, después del 18 de junio, las conclusiones que Santiago Carrillo sacaba al final de su folleto « ¿ A dónde va el Partido Socialista ? » son todavía más actuales :

« Ante el P.S.O.E. hay dos caminos : uno, el que propugna Prieto (después del 18 de junio podría agregarse : y jalonado por la declaración del 9 de junio y los artículos de Llopis contra la huelga nacional pacífica. F. C.) el camino de la degeneración anticomunista, el camino de Franco y del Departamento de Estado. Por ese camino el P.S.O.E. marcharía hacia su autodestrucción.

Otro camino, el que señalan los socialistas del interior, es el de la lucha antifranquista, de la superación de otras diferencias a la necesidad de unir todos los esfuerzos para poner fin al enemigo común : la dictadura franquista.

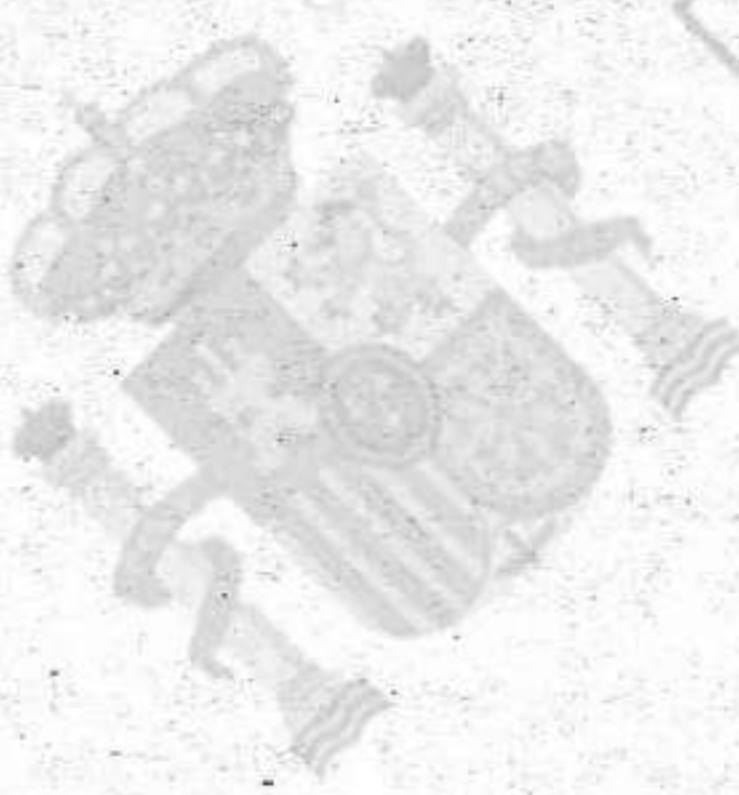
El dilema : o un P.S.O.E. reblandecido y aburguesado, o un P.S.O.E. fiel a sus mejores tradiciones antifascistas, unido codo con codo con el Partido Comunista, como lo están los obreros comunistas y socialistas en el país.

Esta es la disyuntiva... »

Y también, con más seguridad que hace unos meses, después de la valerosa contribución de los socialistas del interior a la preparación de la huelga nacional pacífica, después de que comunistas y socialistas han luchado codo con codo en esta gran prueba y juntos han sufrido los rigores de la represión, podemos decir :

« Nosotros, comunistas, tenemos confianza en que la valerosa voz de los socialistas del interior sea escuchada; tenemos confianza en que el criterio de los socialistas del interior triunfará. Y en que comunistas y socialistas marcharemos de nuevo, hombro con hombro, por los caminos de la libertad de España. »

MINISTERIO
DE CULTURA



LAS CORRIENTES DE OPOSICION EN LAS FUERZAS ARMADAS Y DE ORDEN PUBLICO

Por Enrique LISTER

LA preparación y realización de la huelga nacional pacífica del 18 de junio fue — aparte de lo que representó en sí como golpe directo a la dictadura — una preciosa escuela de la que las fuerzas de oposición han sacado grandes enseñanzas, que les servirán para la preparación de nuevas acciones de lucha, sobre todo para la preparación de la nueva huelga nacional pacífica que ya está tomando cuerpo en el pensamiento de muchos españoles.

Preciosas enseñanzas de ese período se pueden sacar en relación con el estado de ánimo y las corrientes de oposición a la dictadura en las Fuerzas Armadas y de orden público.

A los comunistas no nos cogió de sorpresa la actitud de simpatía hacia la huelga manifestada por una parte considerable de los miembros de las Fuerzas Armadas y de orden público, e incluso del Cuerpo General de Policía, como tampoco nos ha cogido de sorpresa la participación directa y activa de muchos de esos hombres en la preparación de la huelga.

Pero el hecho de que no nos haya sorprendido no quiere decir que nos haya alegrado menos, pues en esa conducta positiva hemos visto la confirmación de la justeza de nuestra política en relación con las Fuerzas Armadas y de orden público, y la comprobación de que no nos habíamos equivocado al llamarlas a apoyar la huelga como lo hemos hecho.

En el llamamiento del Partido Comunista dirigido a los miembros del Cuerpo de la Guardia Civil, con motivo de la huelga, se decía :

« El Partido Comunista no ignora la dureza del reglamento del Cuerpo de la Guardia Civil y los comunistas no pedimos a sus miembros cosas imposibles de hacer. Os pedimos, por el contrario, cosas perfectamente realizables y que una parte de los miembros del Cuerpo vienen haciendo ya. Os pedimos que contribuyáis a la

lucha del pueblo para poner fin a la dictadura por una vía pacífica. Os pedimos que no denunciéis a aquellas personas que actúan contra el régimen o que conocéis como enemigas del mismo y que en el caso en que compañeros vuestros menos conscientes los denuncien o quieran detenerlos, hagáis lo posible para avisarlos y para que la detención fracase. Os pedimos que al tener que ejecutar las órdenes persecutorias contra los enemigos de la dictadura, lo hagáis con el máximo de lentitud, sin poner ningún interés en buscar nada que pueda perjudicar a las personas perseguidas y, por el contrario, hagáis por favorecerles en todo lo posible. »

Después de dar una serie de consejos sobre la forma de participación en la huelga y de ayudar a su realización, el llamamiento terminaba en los siguientes términos :

« El Partido Comunista, que viene observando vuestra actitud y constatando con satisfacción los cambios que en la misma se han ido produciendo, os llama a que en la gran huelga nacional que se avecina y en su preparación, os conduzcáis como compañeros de los que luchan contra la dictadura y no como sus enemigos, como aliados y defensores del pueblo y no como sostenedores de la dictadura. »

Y en el llamamiento dirigido a los miembros de la Policía Armada se decía :

« Los miembros de la Policía Armada están interesados como el que más en que la gran huelga nacional sea una victoria contra la dictadura; por eso los miembros de la Policía Armada tienen un puesto en la huelga y en su preparación. Y el Partido Comunista os llama a que ocupéis ese puesto con toda la decisión y responsabilidad que la hora exige de todos los españoles dignos. »

Con justa satisfacción hemos podido constatar que el Partido no se había equivocado en su apreciación sobre el estado de ánimo de los miembros de las fuerzas de orden público y que éstos respondieron en gran escala a lo que se les pedía. Conocemos ya infinidad de casos en que los guardias civiles no sólo han hecho la vista gorda, como suele decirse, ante el reparto de hojas llamando a la huelga, sino, incluso, casos en que los oficiales del Cuerpo han echado con cajas destempladas a algunos patronos o encargados que les han llevado la lista de sus obreros o empleados que han estado en la cárcel, para que los vigilaran o detuvieran antes de la huelga. Se conoce el hecho de guardias civiles que antes de la huelga discutían entre ellos sobre la situación que se les iba a crear si se les quería obligar a sacar a los trabajadores de sus casas para llevarlos a la fuerza al trabajo, llegando a la conclusión de que si recibían tal orden no la cumplirían.

Esta vez el Gobierno actuó con mucha más cautela que cuando la Jornada de mayo del año pasado, empleando una doble táctica. En las ciudades hubo menos alarde de fuerzas armadas en la calle, pero las medidas militares y represivas fueron mucho más importantes : todas las fuerzas armadas, de orden público, policía e incluso los serenos, fueron movilizados, concentrados en sus cuarteles normales o en puntos estratégicos. En una palabra, fueron puestos en pie de guerra y mantenidos en esa situación durante cuatro días, es decir, del 16 al 19 de junio.

En los pequeños pueblos y comarcas campesinas, la táctica empleada fue diferente; en ellos el Gobierno combinó el agrupamiento y concentración de la Guardia Civil en puntos estratégicos con el traslado de las guarniciones de los lugares en que prestan servicio normalmente a otros diferentes. Estas medidas fueron a su vez combinados con las de sacar las fuerzas a patrullar por los pueblos y registrar a las gentes para atemorizarlas; con visitas a comerciantes y patronos para exigirles que abriesen sus establecimientos y talleres el día de la huelga y que denunciaran a los que no asistieran al trabajo ese día. Esto mismo lo hicieron también con los dueños o encargados de fincas y cortijos que emplean trabajadores.

Esas y otras medidas muestran, entre otras cosas, el miedo que han pasado los dirigentes franquistas; muestran que se prepararon para una batalla decisiva y que tenían muy poca confianza en sus fuerzas armadas y de orden público en el caso de que esa batalla se produjese.

Ya en el período de preparación de la huelga, en muchos lugares de España los interrogatorios y detenciones no fueron hechos por los miembros de los Cuerpos de orden público del puesto en que tenían lugar, sino por los venidos de otros lugares y, sobre todo, por los miserables polizontes de la brigadilla político-social llegados de Madrid.

Entre la Policía Armada, el estado de ánimo favorable a la huelga y el apoyo a la preparación de la misma, fueron aún más visibles que entre otras fuerzas armadas. Las hojas llamando a la huelga aparecían incluso dentro de sus mismos cuarteles y sobre lo que en ellas se decía se organizaban verdaderas discusiones, en las que participaban guardias, suboficiales e incluso oficiales. En Madrid, por ejemplo, se abrió expediente en un cuartel para averiguar cómo había podido entrar tanta propaganda.

Se sabe que el Gobierno no tenía confianza en la Policía Armada y que Alonso Vega le dijo a Franco varios días antes del 18 de junio que si pasaba algo no se podía contar con ella. Incluso la situación en el Cuerpo General de Policía no era más tranquilizadora para el Gobierno, que varios días antes del señalado para la huelga la puso bajo la dirección y control de la Brigada Político-Social, única fuerza represiva que continúa cumpliendo fielmente las medidas terroristas de la dictadura.

En lo que se refiere al Ejército, aquí los signos exteriores de oposición al régimen durante la preparación de la huelga y el 18 de junio, han sido menos visibles que entre las fuerzas de orden público, pero no por eso la oposición es menos profunda. Se conocen hechos, opiniones, actitudes que así lo demuestran, pero existen además las medidas gubernamentales que ponen de relieve la preocupación y el miedo que en relación con el Ejército reina entre las camarillas. El proyecto de decreto sobre Orden Público, que permite colocar a las unidades del Ejército bajo el mando de Alonso Vega y de su cuadrilla de torturadores de la Brigada Político-Social, bastaría por sí solo como ejemplo de lo poco que espera Franco del Ejército en caso de que lo quiera emplear contra el pueblo.

Con motivo del veinte aniversario del fin de la guerra, el Buró Político del Comité Central del Partido Comunista se dirigió con un documento a los miembros de los tres ejércitos. Ese documento, aunque ha sido publicado con motivo del veinte aniversario y en el período de la preparación de la huelga, no tiene importancia solamente en relación con esos dos acontecimientos, porque en él se exponen a los militares los puntos de vista de los comunistas sobre los problemas que aquejan a España y preocupan a los españoles,

cómo creemos los comunistas que pueden ser resueltos y cuál creemos puede y debe ser la participación del Ejército en su solución.

En el documento sobre las experiencias de la huelga a que nos hemos referido más arriba se dice :

« El Partido Comunista de España saluda la actitud tenida por gran parte de los miembros de las fuerzas de orden público, y considera extremadamente necesario y útil que la oposición refuerce el contacto con estas fuerzas y con las del Ejército, a fin de asegurar las condiciones para un cambio pacífico de la dictadura a la democracia. »

Esta forma de plantear la cuestión es justa al ciento por ciento, pues por desgracia aun hay entre las fuerzas de oposición quienes prefieren acusar públicamente a las Fuerzas Armadas y de orden público de todos los males que sufre España, metiendo a todos sus componentes en el mismo saco, al mismo tiempo que por medios no ya tan públicos se esfuerzan en crear la ilusión entre las masas de que con la dictadura sólo se puede terminar por medio de un golpe militar. Estos furibundos antimilitaristas están dispuestos a servir de ordenanza a cualquier general reaccionario con tal de que los cambios se produzcan no sólo sin la participación del pueblo, y sobre todo de la clase obrera, sino, incluso, sin la de la masa de los componentes de las Fuerzas Armadas y de orden público.

Los comunistas consideramos que los cambios que quieren y necesitan los españoles sólo se pueden conseguir con el esfuerzo de los españoles mismos, incluidos los cientos de miles encuadrados en los ejércitos y en los cuerpos de orden público. Por eso nos hemos dirigido a ellos y nos continuaremos dirigiendo tantas veces como haga falta diciéndoles con toda claridad y a la luz pública lo que de ellos espera el pueblo y cómo conseguirlo. Creemos que esta conducta es mucho más honesta que el doble juego del insulto público y la adulación y el cambalache de entre basidores o la llamada plañidera al complot y golpe militar « salvador ».

Con insultos y acusaciones que no corresponden a la realidad de hoy no se ayuda a los miembros de las Fuerzas Armadas, que buscan un camino y una salida a la situación actual, a encontrar ese camino y esa salida.

La mentalidad y el comportamiento de los miembros del Cuerpo de la Guardia Civil, de la Policía Armada y de Tráfico, e incluso de muchos miembros del Cuerpo General de Policía, no son los mismos hoy que hace 25 o 30 años. Por su mentalidad, hoy están mucho más cerca del pueblo, del que han salido, que lo estaban no sólo hace 25 años sino hace 5 o 10. Y ahí está su conducta para demostrarlo. Reconocerlo así por parte de la oposición, y en primer lugar por parte de los trabajadores de la ciudad y del campo, que son los que sufren de la represión y del terror es un deber que sólo beneficios puede reportar a los que luchan contra la dictadura.

Los insultos y las acusaciones falsas o exageradas dirigidos a los miembros de las Fuerzas Armadas y de orden público, sólo benefician a la dictadura; ello puede aparecer como muy revolucionario, pero es todo lo contrario. Lo revolucionario es juzgar a los hombres según su actuación, su conducta, su forma de proceder.

Hay gentes que al sacar conclusiones sobre la preparación y desarrollo de la huelga dan toda clase de detalles sobre las medidas de vigilancia, intimidación, etc., de la Policía, Guardia Civil y Policía Armada. Luego dan las cifras de los que, a pesar de todo eso, hicieron huelga, cifras que en muchos casos pasan del 70 y el 80 por 100, y terminan diciendo que a los que fueron a la huelga no les pasó nada. Y se termina la explicación diciendo, o dejando suponer, que si no fue más gente a la huelga, se debió a las medidas terroristas y al miedo de los trabajadores a las mismas, para lo cual la actuación de las fuerzas de orden público se exagera incluso.

No desconocemos ni podemos tener interés en ocultar, que las medidas terroristas del régimen, las coacciones y amenazas de miembros de las fuerzas de orden público, las detenciones de cientos de antifranquistas han desempeñado un papel negativo en la realización de la huelga. No desconocemos tampoco que entre los miembros de la Guardia Civil, Policía Armada y Cuerpo General de Policía, hay aún tipos (además de los verdugos de la Brigada Político-Social) que continúan empleando métodos terroristas contra el pueblo. Todo eso existe y debemos denunciarlo y combatirlo, pero sin exagerar su volumen y el papel que todo eso desempeña en la actitud de las masas, y sin que ello sirva para ocultar otros factores que han ejercido una influencia negativa en la realización de la huelga, mucho más importante que la actuación de las fuerzas de orden público.

En el documento del Comité Central donde se sacan las experiencias de la huelga se llama a la confraternización entre las Fuerzas Armadas y de orden público con el pueblo. Ese llamamiento corresponde completamente a la realidad y a las posibilidades. Durante la preparación y realización de la huelga del 18 de junio, allí donde tuvo lugar, se han producido centenares de hechos que muestran que entre las Fuerzas Armadas y de orden público existe un estado de ánimo favorable a la confraternización con el pueblo. Es cierto que no se han producido grandes actos de fraternización, espectaculares y por lo tanto visibles para todo el mundo, pero ello se debe a que no hubo grandes acciones de masas, concentraciones, manifestaciones, por parte de los trabajadores y que por ello tampoco hubo un contacto directo y masivo de las Fuerzas Armadas y de orden público y del pueblo. No cabe ninguna duda de que si esto se hubiese producido hubiésemos visto muchos casos de confraternización activa y abierta, pues el ambiente para ello existía.

Que tal ambiente existía lo notaban bien Franco y Alonso Vega. Y así se explican las medidas que han tomado para evitar al máximo el contacto de las fuerzas del Ejército y de orden público con el pueblo. La táctica empleada esta vez por el dictador de concentrar sus fuerzas en grupos lo más numerosos posibles y evitando al máximo su contacto con el pueblo, no se debía sólo al miedo a lo que el pueblo pudiese hacer, sino también al miedo de que las Fuerzas Armadas y de orden público hiciesen causa común con él.

El miedo de la dictadura se refleja en su propaganda dirigida a las fuerzas armadas, de la que es un ejemplo el artículo firmado por Hispanicus, y publicado en « ABC » del 22 de junio de este año. Entre un verdadero revoltijo de afirmaciones a cuál más disparatadas y falsas, puede leerse lo siguiente : « La fórmula de la revolución es siempre idéntica : disolver al Ejército y armar al pueblo. Los militares profesionales tienen, desde este punto de vista, según el plan revolucionario marxista, dos destinos : primero,

conseguir su colaboración, su actuación, al menos su neutralidad; segundo, fusilarles sin más, logrado el éxito. La historia de las revoluciones está llena de ejemplos de este proceder invariable ».

La historia de las revoluciones, en general, está llena de ejemplos de todo lo contrario. Y la historia de las revoluciones dirigidas por los comunistas en particular lo está mucho más. En la Unión Soviética, miles de mandos del viejo Ejército zarista pasaron a formar parte de los cuadros del nuevo Ejército y entre los actuales mariscales hay más de uno de esa procedencia. Y no hablemos de los países de democracia popular, donde una parte considerable de los mandos han quedado y continúan en los ejércitos después del cambio de régimen. Y un ejemplo nacional y reciente lo tenemos en nuestro país, donde miles de mandos de las antiguas fuerzas armadas y de orden público formaron en los cuadros de mando de las fuerzas creadas durante la guerra, llegando muchos de ellos a los más altos puestos y grados.

Franco y Compañía, en su deseo impotente de inmunizar a las fuerzas armadas y de orden público contra el aire vivificante de libertad y democracia que sacude a nuestro país, recurre a verdaderos cuentos de miedo y a falsificar la historia, como si se estuviesen dirigiendo a tontos de capirote o a gentes de otro planeta; pero no existen ya la propaganda ni los medios capaces de paralizar la marcha hacia adelante de la gran fuerza que se apresta a dar los últimos golpes que pondrán fin a la dictadura.



MINISTERIO
DE CULTURA



MINISTERIO
DE CULTURA



Precio : 10 pesetas